

PERCEPCION DE EPISODIOS Y ESTEREOTIPIA SEXUAL

TESIS DOCTORAL

Presentada por

MIGUEL CARLOS MOYA MORALES

Director

DR. D. JOSE FRANCISCO MORALES DOMINGUEZ

UNIVERSIDAD DE GRANADA

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGIA Y PSICOLOGIA SOCIAL

SEPTIEMBRE, 1987

A Pili y a Alba

Son muchas las personas que me han ayudado en la realización del presente trabajo. Sin su inestimable colaboración ésta tesis no hubiera sido posible.

Agradezco al profesor Dr. D. José Francisco Morales Domínguez su continuo asesoramiento y ayuda en la elaboración de la presente tesis. Gran parte de lo que he aprendido en su realización se lo debo a él.

A la profesora Dr. Dña. Carmen Huici Casal, por el ánimo y orientación que me dió en los primeros pasos de la investigación.

Al profesor Dr. D. Cristino Pérez Meléndez, por su ayuda en la realización del análisis de datos.

A los centros de informática de la Universidad Complutense de Madrid y de la Universidad de Granada, porque en todo momento me facilitaron el uso de sus instalaciones para realizar el tratamiento estadístico de los datos. Especialmente a Eduardo Lezcano.

A Marisol Navas Luque, que me ayudó en la realización del experimento.

A todos los alumnos de Psicología de las promociones 1982-83 y 1983-84 que participaron y colaboraron en las investigaciones.

A mis compañeros del Departamento de Sociología y Psicología Social de la Universidad de Granada, profesores Dr. E. Miguel Angel García Martínez, Dña. Elena Gaviria, Dr. D. Julio Iglesias Ussel, y Dr. D. Andrés Rodríguez Fernández.

A todos, gracias.

INDICE

INTRODUCCION.....1

CAPITULO I.- EL ESTUDIO DE LOS ESTEREOTIPOS EN
PSICOLOGIA SOCIAL.....9

I. INTRODUCCION: BREVE HISTORIA DE LA INVE-
STIGACION SOBRE ESTEREOTIPOS.....10

II. DEFINICION DE ESTEREOTIPO.....18

III. PRINCIPALES ORIENTACIONES EN EL ESTUDIO
DE LOS ESTEREOTIPOS.....23

1. Orientación sociocultural.....23

2. Orientación psicodinámica.....25

3. Orientación cognitiva.....26

4. El enfoque de la teoría de la Catego-
rización Identidad Comparación Social..30

CAPITULO II.- LOS ESTEREOTIPOS SEXUALES

I. DEFINICION.....36

II. METODOS EN EL ESTUDIO DE LOS ESTEREOTIPOS
SEXUALES.....43

1. Descripciones abiertas.....	44
2. Checklist de adjetivos.....	45
3. Escalas de clasificación.....	48
4. Algunos problemas metodológicos.....	50
III. RESULTADOS DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE ESTEREOTIPOS SEXUALES.....	53
1. Contenido de los estereotipos sexuales.	53
A) Resultados de las investigaciones...	53
B) Algunas precisiones críticas sobre los resultados de las investigacio- nes sobre el contenido de los este- reotipos sexuales.....	59
2. Valoración de estereotipos sexuales. ..	61
3. Difusión.....	65
IV. ESTRUCTURA DE LOS ESTEREOTIPOS SEXUALES.....	69
1. Los componentes de los ester. sex.....	70
2. Subtipos de hombre y de mujer.....	73
3. Los ester. sex. y las TIP.....	78
V. EL PROCESO DE ESTEREOTIPIA SEXUAL.....	86
1. Adquisición de los estereotipos de género.....	86
2. El uso de los estereotipos sexuales en la vida cotidiana.....	88
A) La aproximación de Ashmore et al....	88
B) El enfoque de Tajfel.....	92

CAPITULO III.- LOS EPISODIOS SOCIALES

I.	INTRODUCCION.....	106
II.	DEFINICION DE SITUACION Y DE EPISODIO SOCIAL.....	111
	1. Otros conceptos afines.....	111
	2. Definición de situación y de episodio social.....	114
III.	RAZONES QUE JUSTIFICAN EL INTERES POR EL ESTUDIO DE LOS EPISODIOS SOCIALES.....	117
IV.	METODOS EN EL ESTUDIO DE LOS EPISODIOS.....	119
	1. La estrategia ecológica.....	120
	2. Estrategias estructuralistas.....	123
	3. El enfoque de las reglas - roles.....	127
	4. La estrategia perceptual.....	129
V.	LA PERCEPCION DE LOS EPISODIOS SOCIALES.....	139
	1. Antecedentes.....	141
	2. Estado actual de las investigaciones sobre percepción de episodios.....	144
	A) Factores propios de los observadores que influyen en la percepción de los episodios sociales.....	145
	B) Factores propios del episodio.....	153

CAPITULO IV.- LA TEORIA DE LA IDENTIDAD SOCIAL Y LAS

RELACIONES HOMBRE - MUJER

I.	INTRODUCCION.....	166
II.	PRINCIPALES ENFOQUES TEORICOS EN EL ESTUDIO DE LAS RELACIONES INTERGRUPALES.....	168
	1. Teorías que enfatizan el aspecto individual.....	169
	A) Teorías de la personalidad.....	169
	B) Teorías motivacionales... ..	171
	C) Teorías cognitivas.....	172
	2. Teorías que enfatizan el aspecto interpersonal.....	174
	3. Teorías que enfatizan el aspecto social o grupal.....	177
III.	LA TEORIA DE LA CATEGORIZACION - IDENTIDAD - COMPARACION SOCIAL.....	179
IV.	LA TEORIA DE LA CATEGORIZACION DEL YO.....	186
V.	LA TEORIA DE LA IDENTIDAD SOCIAL, LA TEORIA DE LA CATEGORIZACION DEL YO Y LAS RELACIONES HOMBRE - MUJER.....	192
	1. Categorización sexual, identificación sexual y relaciones intergrupales.....	192
	2. Estrategias utilizadas por hombres y mujeres en orden al mantenimiento de una identidad social positiva.....	196

A) Estrategias utilizadas por mujeres.	196
B) Estrategias utilizadas por hombres.	200
3. Características de las relaciones	
intergrupales entre hombres y mujeres	205
A) Aspectos cognitivos.	206
B) Aspectos motivacionales.	208
4. Factores que influyen en el comporta-	
miento intergrupai de hombres y	
mujeres.	222
A) Discriminación contra la mujer.	223
B) Autopercepción.	225
C) Percepción de personas.	227

CAPITULO V. METODO

I. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACION.	235
1. Investigación sobre episodios sociales	235
2. Investigación sobre saliencia y este-	
reotipia sexual.	238
II. SUJETOS.	251
1. Estudio sobre episodios sociales.	251
2. Estudio sobre la saliencia de la ca-	
tegorización sexual.	253
III. INSTRUMENTOS Y PROCEDIMIENTO.	254
1. Estudio sobre episodios sociales.	254

A) Primera fase.....	254
B) Segunda fase.....	262
2. Estudio experimental.....	265
A) Estudio previo	265
B) Primera fase.....	268
C) Segunda fase.....	273
IV. ANALISIS DE DATOS.....	277
1. Estudio sobre episodios sociales.....	277
2. Experimento.....	280

CAPITULO VI.- RESULTADOS DE LA INVESTIGACION SOBRE EPISODIOS SOCIALES DE INTERACCION ENTRE HOMBRES Y MUJERES

I. CALIFICACIONES DE LOS EPISODIOS SOBRE LAS ESCALAS BIPOLARES.....	282
1. Estudiantes de Psicología.....	283
2. Amas de casa.....	289
3. Estudiantes de ATS.....	294
4. Estudiantes de Asistencia Social.....	299
5. Discusión de los resultados.....	304
II. LA PERCEPCION DEL ESPACIO EPISODICO.....	308
1. Estudiantes de Psicología.....	308
2. Amas de casa.....	326
3. Estudiantes de ATS.....	331

CAPITULO VII.- RESULTADOS DEL EXPERIMENTO

I.	PRIMERA HIPOTESIS.....	357
	1. Subhipótesis A.....	357
	2. Subhipótesis B.....	359
	3. Subhipótesis C.....	363
II.	HIPOTESIS SEGUNDA.....	370
III.	HIPOTESIS TERCERA.....	380
IV.	HIPOTESIS CUARTA.....	381

CAPITULO VIII.	CONCLUSIONES.....	402
----------------	-------------------	-----

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.....	427
---------------------------------	-----

APENDICES

INTRODUCCION

La investigación que aquí se presenta tiene su núcleo principal de interés en el estudio del proceso de estereotipia sexual. Dicho proceso se refiere a la utilización que en su vida cotidiana hacen los individuos de los estereotipos sexuales, es decir de los conjuntos estructurados de pensamientos acerca de los atributos personales de hombres y mujeres.

Los estereotipos sexuales tienen una influencia poderosa en nuestras vidas. Afectan las imágenes -aunque más bien podríamos decir que forman parte de ellas- que tenemos de nosotros mismos y también las creencias sobre lo que es "bueno" y "malo", "deseable" o "indeseable" en las otras personas, la elección de pareja, la elección de carrera profesional, las actividades e intereses de nuestro tiempo libre, el tipo de educación que damos a nuestros hijos, etc.

Los estereotipos sexuales son en gran medida compartidos por los individuos que pertenecen a una misma cultura, sociedad o grupo, como evidencian infinidad de investigaciones que han mostrado la existencia de tales estereotipos en los medios de comunicación de masas -cine, tv., prensa, etc.- y en otras instancias sociales -legislación, instituciones educativas, ámbito laboral, etc.

Sin embargo, nuestro interés no se dirige al estudio del aspecto consensual o compartido de los estereotipos sexuales sino al estudio, desde una perspectiva psicosocial de los estereotipos sexuales tal y como existen en la mente de individuos concretos. Quiere esto decir que asumimos -y un objetivo fundamental de esta investigación es mostrar que tal suposición es cierta- que los estereotipos sexuales que mantiene un individuo se relacionan, de forma estructurada, con otras creencias, ideas o cogniciones que posee dicho individuo y que el funcionamiento de tales estereotipos influye -y a la vez es influido- por procesos psicológicos fundamentales, como son la percepción, atribución, inferencia social, identidad y actitudes, entre otras.

La perspectiva que adoptamos en el estudio de la estereotipia sexual no es, por supuesto, la única posible. Como se pone de manifiesto a lo largo del presente trabajo, existen otros enfoques y otras disciplinas que aportan un conocimiento imprescindible para el logro de una adecuada comprensión de dicho fenómeno.

Durante muchos años el estudio de los estereotipos sexuales -y de los estereotipos en general- ocupó una posición relativamente marginal en el desarrollo de la Psicología Social. Anclado en una concepción que hacía de la estereotipia un proceso vinculado a un funcionamiento "defectuoso" de la mente humana o a una configuración

"desviada" de la personalidad, el estudio de los estereotipos se limitó a la descripción del contenido de los pensamientos estereotípicos que sobre determinados grupos de personas -fundamentalmente étnicos- mantenían otros determinados grupos de personas. De este modo el estudio del proceso de estereotipia sexual -que ineludiblemente hubiera requerido colocar al individuo como el foco principal de la investigación- apenas fue abordado y la ligazón con las principales orientaciones teóricas e investigadoras en Psicología Social -centradas en los "procesos" psicológicos- fue extraordinariamente débil.

En la anterior década la situación, afortunadamente, comenzó a cambiar y algunas investigaciones iniciaron el estudio del proceso de estereotipia sexual. Tal cambio fue posible, fundamentalmente por la adopción de una orientación teórica eminentemente cognitiva -y sus procedimientos típicos de investigación- y por la inclusión del proceso de estereotipia dentro de un conjunto de fenómenos más amplio como es el constituido por las "relaciones intergrupales".

Nuestra investigación se sitúa claramente en esta línea, de reciente andadura pero con unas prometedoras perspectivas. Sin embargo, dado el carácter novedoso de esta perspectiva todavía no existe un adecuado y coherente cuerpo teórico que permita aglutinar a su alrededor el cúmulo de investigaciones que comienzan a realizarse. Esto hace que en

la fase actual las investigaciones estén marcadas por un carácter fuertemente tentativo y exploratorio. Nuestra investigación no puede, obviamente, estar exenta de ese matiz.

Hemos abordado el estudio del proceso de estereotipia sexual con dos metodologías radicalmente distintas y ancladas a su vez en perspectivas teóricas diferentes.

La primera de ellas no se dirige directamente al estudio de la estereotipia sexual propiamente dicha sino que se centra en el estudio de las percepciones que diversos grupos de hombres y de mujeres tienen de sus interacciones cotidianas con personas del otro sexo. Suponemos que los estereotipos sexuales no funcionan sólo en relación con las categorías abstractas "hombre" y "mujer" sino que también lo hacen -y a nuestro modo de ver ahí debería radicar el interés primordial del investigador- en relación con las personas y a las interacciones concretas que hombres y mujeres mantienen en su vida cotidiana. Para la obtención de dichas percepciones hemos utilizado un procedimiento muy poco restrictivo, como es el propuesto por J. Forgas, respetando el máximo posible las libres respuestas de los sujetos. Según nuestro conocimiento esta es la primera vez que se utiliza directamente esta metodología para el estudio de las relaciones y percepciones entre ambos sexos.

En la segunda investigación que aquí relatamos hemos adoptado como perspectiva teórica la teoría de la identidad social de Tajfel y Turner y la teoría de la Categorización del Yo de J. Turner. Esta última perspectiva considera el proceso de estereotipia como una de las muchas manifestaciones posibles que ocurren cuando el Yo de un individuo se sitúa en el nivel de abstracción "social", y por tanto es una característica, entre otras, del comportamiento grupal. Utilizando una metodología experimental hemos intentado estudiar el proceso de estereotipia sexual y otros procesos relacionados tal y como ocurren en hombres y mujeres en dos condiciones distintas: en una se supone que la pertenencia a la categoría sexual es bastante saliente para los sujetos y en la otra se supone que es menos saliente. El uso de esta perspectiva teórica, y la metodología utilizada, apenas han sido aplicadas al estudio de la estereotipia y de la estereotipia sexual en particular, por lo que nuestra investigación supone un paso adelante en dicha línea.

En nuestro país no conocemos investigaciones que se hayan acercado al estudio de la estereotipia sexual con una u otra de las dos metodologías y perspectivas teóricas utilizadas por nosotros.

Esta tesis consta de ocho capítulos. Los cuatro primeros se dedican a la exposición de las perspectivas teóricas que se adoptan en las investigaciones empíricas, así

como a la revisión de aquellas investigaciones relevantes o relacionadas con el proceso de estereotipia sexual.

El capítulo I resume el desarrollo que en Psicología Social ha seguido el estudio de los estereotipos, aportando una definición de ellos y sintetizando las principales orientaciones que en su estudio se han dado.

El capítulo II trata de los estereotipos sexuales, exponiéndose de forma un poco más detallada una definición de estereotipos sexuales -así como de otros conceptos relacionados-, la descripción de los principales métodos utilizados en su estudio y los resultados de las investigaciones realizadas en el área. Termina dicho capítulo con la exposición de lo que se denomina "estructura" de los estereotipos sexuales (sus componentes, los subtipos de hombres y de mujeres y su relación con las teorías implícitas de la personalidad) y del "proceso", propiamente dicho, de estereotipia sexual (en sus aspectos de adquisición, cambio y utilización en la vida cotidiana de los estereotipos.)

El capítulo III presenta una panorámica general de los estudios sobre episodios sociales tanto en su aspecto teórico como metodológico y se expone de manera más detallada la perspectiva "perceptual" en el estudio de tales episodios, perspectiva que ha sido adoptada por nosotros en la realización de la investigación empírica.

En el capítulo IV son tratados los principales enfoques teóricos existentes en el estudio de las relaciones intergrupales, prestando mayor atención a la teoría de la Identidad Social y a la teoría de la Categorización del Yo. Termina dicho capítulo con una revisión de las investigaciones que inspiradas, o relacionadas, con las dos teorías anteriormente expuestas se han centrado en el estudio de las relaciones entre hombres y mujeres.

Los capítulos V, VI y VII presentan la investigación realizada por nosotros. En el Capítulo V se exponen los objetivos e hipótesis de las investigaciones sobre episodios sociales y sobre el efecto de la saliencia de la categorización sexual en la estereotipia sexual, así como las muestras, instrumentos, procedimientos y análisis de datos utilizados en ambas investigaciones. En el capítulo VI se presentan los resultados de la investigación sobre episodios sociales y en el VII los resultados de la investigación sobre los efectos de la saliencia.

El capítulo VIII se dedica a la presentación de las conclusiones. En la parte final de la tesis, además de las referencias bibliográficas, se añaden, en una serie de apéndices, algunos de los materiales empleados en las investigaciones.

CAPITULO I.- EL ESTUDIO DE LOS

ESTEREOTIPOS EN PSICOLOGIA

SOCIAL

Hamilton (1981) en el prefacio de su libro expresa que "es difícil concebir un tópico en Psicología Social que tenga más obvias e importantes implicaciones sociales pero en el que a la vez se haya progresado menos en su comprensión y conocimiento que la investigación sobre estereotipos". En este primer capítulo no pretendemos revisar de manera exhaustiva el área de estudio sobre estereotipos -remitimos, para este fin, a las excelentes revisiones de Brigham (1971), Cauthen et al. (1971) y Ashmore y Del Boca (1981), entre otras- sino que nos limitaremos a esbozar una pequeña historia de las investigaciones en el área, avanzar un intento de definición de estereotipo -con el fin primordial de aportar claridad y evitar confusiones- y por último exponer las principales orientaciones que se han adoptado en el estudio de los estereotipos.

I. INTRODUCCION: BREVE HISTORIA DE LA INVESTIGACION SOBRE ESTEREOTIPOS

Aunque el término "estereotipo" fue acuñado en el campo de la impresión gráfica en 1798 y utilizado posteriormente en el área psiquiátrica, no es hasta 1922, año en el que Lippman publica su obra "Public Opinion",

cuando el término merece la atención de los científicos sociales.

Para Lippman, los estereotipos son unas imágenes (picture) que están "dentro de nuestras cabezas" (título del cap. 1 de su libro) y su tesis principal es la siguiente: las personas no responden directamente a la realidad externa sino a la representación del medio ambiente que es en mayor o menor medida fabricada por el propio individuo -lo que él denomina "pseudo-medio-ambiente". La realidad es demasiado compleja para estar completamente representada en ese pseudo-medio-ambiente; siendo los estereotipos unas herramientas que nos ayudan a simplificar la percepción y la cognición. Son, pues, en definitiva, unas estructuras cognitivas que ayudan a los individuos a procesar la información sobre el medio y en este sentido son algo muy similar a lo que actualmente se denomina "esquemas" o "esquemas sociales" (Ashmore y Del Boca, 1981). Tales estructuras cognitivas no son neutrales, sino que tienen una importante función de defensa, ya que son partes integrantes de la personalidad del individuo y sirven para explicar o racionalizar su posición social.

Aunque Lippman no aborda el tema de la adquisición de los estereotipos directamente, su concepción es que éstos no son adquiridos necesariamente a través de un proceso lento y

laborioso de prueba de hipótesis, como en el pensamiento científico, sino que más bien los individuos los incorporan a sí mismos tomándolos de su grupo cultural.

Para Lippman los estereotipos son indeseables, pues su contenido es altamente incorrecto y son productos de un proceso de razonamiento falso (1922, p. 98). Asimismo, los estereotipos son rígidos y difíciles de cambiar. En la obra de Lippman vemos, pues, un esbozo de las principales líneas que han orientado la investigación posterior en el área.

Si Lippman es quien introduce el término estereotipo en las ciencias sociales, son Katz y Braly (1933) quienes proponen y utilizan el método clásico más empleado para el estudio de los estereotipos: el check-list. Dicho método consiste, simplemente, en suministrar a los individuos una lista de adjetivos para que escojan aquellos que mejor definan, a su juicio, al grupo respecto del cual quieren determinarse los estereotipos (e.g. alemanes, árabes, mujeres, etc.). El estereotipo de cada grupo viene definido por el conjunto de adjetivos asignado más frecuentemente al grupo.

Katz y Braly, además de su aportación metodológica, suministran una idea de gran difusión posterior: la ligazón entre los estereotipos y las actitudes de prejuicio, es

decir, para ellos los estereotipos incluyen ineludiblemente reacciones emocionales y evaluativas. Es G. Allport (1935) quien más claramente sustenta esta concepción: "Las actitudes que resultan en grandes supersimplificaciones de la experiencia y en prejuicios son de gran importancia en Psicología Social...son generalmente denominadas sesgos, prejuicios o estereotipos" (p. 809). Esta ligazón, entre estereotipos y prejuicio, lleva ineludiblemente a concebir a aquellos como algo "malo", negativo, defectuoso, sobre todo porque al ser sobregeneralizaciones son incorrectos y tienden a ser rígidos.

Con la publicación en 1950 de la obra de Adorno y colaboradores "La Personalidad Autoritaria" se establecen las bases de la teoría psicodinámica del prejuicio, según la cual las actitudes negativas intergrupales están enraizadas en un síndrome particular de la personalidad denominado "autoritario" o "antidemocrático". Uno de los componentes de este síndrome es la "estereotipia" o tendencia a pensar en términos rígidos. Este planteamiento, impregnado de un fuerte reduccionismo psicológico, ignora casi por completo la estructura social y explica la rigidez de los prejuicios y estereotipos en función de una necesidad de la personalidad.

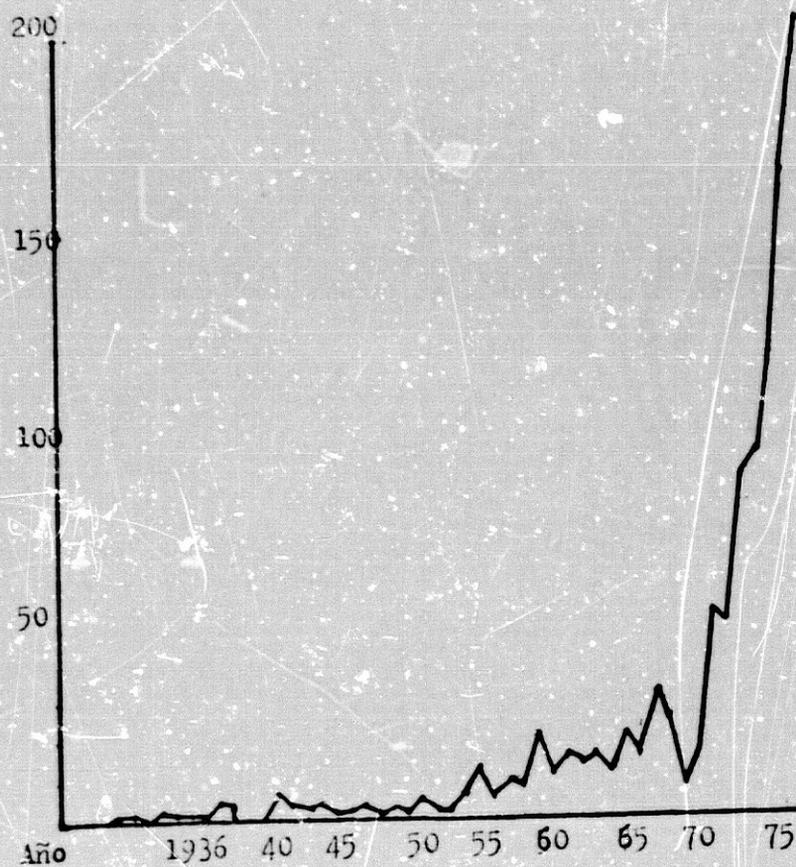
Es Allport en su conocida obra "La naturaleza del prejuicio" (1954) uno de los primeros en cuestionar el

planteamiento anterior, manteniendo que las distorsiones cognitivas asociadas con el prejuicio son realmente el producto de procesos cognitivos "naturales" y "universales". Al comienzo del cap. 2, titulado "La normalidad del prejuicio", se pregunta "¿Por qué los seres humanos caen tan fácilmente en los prejuicios étnicos? A causa de dos ingredientes fundamentales... la generalización errónea y la hostilidad son capacidades naturales y comunes de la mente humana" (Allport, 1954, p. 17).

Seguidamente, otros autores, como Vinacke (1957) y Secord (1959) realizaron aportaciones que subrayan la importancia de los aspectos cognitivos en los estereotipos. Sin embargo, parece ser el trabajo de Tajfel (1969) "Aspectos cognitivos del prejuicio" el verdadero catalizador de la adopción de una perspectiva cognitiva en este área, tanto por su articulación teórica como por el amplio conjunto de datos empíricos que la apoyan. Un aspecto fundamental de la aportación de Tajfel y colaboradores es la demostración de que los fenómenos de juicio y conductuales implicados en la percepción y comportamiento respecto a los miembros de endogrupos y de exogrupos pueden ser consecuencia del proceso de categorización y no tienen porqué reflejar actitudes de prejuicio preexistentes o intereses motivacionales.

Como se observa en la figura núm. 1 es a partir de 1970 cuando se produce un espectacular incremento en el número de investigaciones realizadas sobre estereotipos, si bien es preciso señalar que éste se produce casi exclusivamente en un área específica: los estereotipos sexuales -en 1977 el 78 por ciento de las entradas en los Psychological Abstracts bajo el encabezamiento de "actitudes estereotipadas" se referían a los estereotipos sexuales. Además, la coincidencia entre la publicación del trabajo de Tajfel y el auge en las investigaciones sobre estereotipos no significa que estas investigaciones se realicen bajo la perspectiva allí propuesta. Esta perspectiva se ha expandido bastante en los últimos años, pero aun siguen siendo muchos los estudios que se limitan a describir el contenido de los estereotipos.

Fig. núm. 1.a.- Entradas sobre "estereotipos registradas en los Psychological Abstracts (1927 - 1977) (elaborado a partir de los datos suministrados por Ashmore y Del Boca, 1981).



Ashmore y Del Boca (1981), revisando la investigación sobre los estereotipos desde su origen, señalan los siguientes cuatro puntos:

1. Los estereotipos no son reducto de ninguna disciplina o subdisciplina, sino que aparecen en la literatura de Psicología Clínica, Experimental y Social, así como en la de Sociología. No obstante, es verdad que a veces el término se usa con significados diferentes (por ejemplo, en las áreas experimental y clínica los estereotipos se refieren más bien a comportamientos, mientras que en Psicología Social se refieren sobre todo a las actitudes).

2. Los estereotipos han sido estudiados en unión con el prejuicio, lo que ha influido en su investigación y en la teoría elaborada. Básicamente, el prejuicio es visto como un "problema social", como algo negativo, de ahí que también sea algo negativo mantener estereotipos.

3. Se han estudiado los estereotipos de una gran diversidad de grupos sociales -jóvenes, viejos, criminales, héroes, estudiantes, políticos, etc.- pero fundamentalmente los de grupos raciales, étnicos o nacionales y los de hombres y mujeres.

4. Los intentos pasados por comprender los estereotipos han estado modulados por factores metodológicos más que por análisis conceptuales. La gran mayoría de los estudios son descriptivos. Según Brigham (1971), el nivel de conocimiento sobre los estereotipos, basándose en la

definición y en la metodología clásica, es poco satisfactorio pues existen importantes preguntas a las que es difícil dar respuesta desde esa perspectiva: ¿Cómo se aprenden los estereotipos? ¿Cómo se desaprenden? ¿Cómo cambia su contenido? ¿Qué relación existe entre los estereotipos y las actitudes, por una parte, y entre los estereotipos y la conducta hacia los grupos estereotipados, por otra?

II. DEFINICION DE ESTEREOTIPO

Muchas son las definiciones que se han dado de estereotipo. Stallybrass, coautor del The Fontana Dictionary Thought (1977) dice que un estereotipo es:

" Una imagen mental muy simplificada (por lo general) de alguna categoría de personas, institución o acontecimiento que es compartida, en su características esenciales, por gran número de personas. Las categorías pueden ser amplias (judíos, gentiles, blancos y negros) o estrechas (feministas, hijas de la revolución americana)... Los estereotipos van frecuentemente, aunque no necesariamente, acompañados de prejuicios, es decir, de una predisposición favorable o desfavorable hacia cualquier miembro de la categoría en cuestión" (p. 601).

Ashmore y Del Boca (1981), intentando resumir en una sola definición de estereotipo todos aquellos elementos que han aparecido con mayor frecuencia en los trabajos de los científicos sociales, proponen que éste es "un conjunto de pensamientos sobre los atributos personales de un grupo de gente" (p. 16). Más recientemente (Ashmore y Del Boca, 1986) dichos autores han señalado aquellos puntos en los que la mayoría de los autores que han investigado sobre estereotipos coinciden:

1. Un estereotipo es un constructo cognitivo. Los términos utilizados para designar a este constructo son, entre otros, los de pensamiento, juicio, percepción, expectativa, atribución o supuesto.

2. Un estereotipo es un pensamiento o idea sobre cómo son los miembros de un grupo. Estos grupos son definidos socialmente (negros, hombre, mujer, gitanos, andaluces, etc.). Generalmente un estereotipo consiste en la asociación entre una "categoría social", que designa al objeto estereotipado, y un atributo personal -el contenido del estereotipo- que no se limita exclusivamente a los rasgos de personalidad.

3. Un estereotipo es a menudo un conjunto de pensamientos más que un pensamiento sólo.

4. Los estereotipos son conjuntos estructurados de pensamientos. Respecto a esta afirmación el acuerdo entre los autores no es total.

Estos puntos son, como hemos dicho, aquellos en los que los investigadores coinciden. Sin embargo, existen ciertos aspectos en los que el desacuerdo es evidente:

1. ¿Son los estereotipos erróneos, negativos, por definición?

Quienes defienden que los estereotipos son "erróneos" por naturaleza suelen apoyarse en una o en varias de las siguientes razones:

- Son incorrectamente aprendidos (e.g. a través de un proceso de razonamiento falso);

- Son sobregeneralizaciones o simplificaciones, es decir, no se corresponden con la realidad;

- Son rígidos. La rigidez se puede entender en dos sentidos: a) son, los estereotipos, resistentes al cambio y

por tanto persistentes a lo largo del tiempo; b) la rigidez es una cualidad psicológica del individuo perceptor, lo cual suele implicar que los estereotipos sean relativamente impermeables a nueva información.

Quienes no están de acuerdo con esta concepción estiman que la evidencia empírica no apoya de manera clara ninguno de estos tres soportes; es decir, los fundamentos de tal postura son hipótesis que hay que investigar y no pueden tomarse como puntos de partida. Además, si esto fuera así, los estereotipos serían estructuras o procesos cognitivos "anormales" y no podrían estudiarse dentro de las actividades cognitivas "normales".

2. ¿El término estereotipo se aplica a los pensamientos que un individuo tiene sobre un grupo particular, o debe reservarse para los pensamientos que son compartidos consensual o culturalmente por muchos individuos? En el caso de los estereotipos sexuales hay un acuerdo casi general en considerar a tales estereotipos como pensamientos o creencias compartidas. Sin embargo, otros autores, como Ashmore y Del Boca (1979) defienden que el término "estereotipo" debería utilizarse para referirse al conjunto de pensamientos que mantiene un individuo en relación con un grupo social, y proponen que

se use el término "estereotipo cultural" para describir aquellos patrones de creencias ampliamente compartidas.

3. El último punto de desacuerdo se refiere a si es más correcto conceptualizar a los estereotipos como atributos personales que sirven para diferenciar un grupo de otros grupos o si, por el contrario, es más correcto concebirlos como rasgos característicos de un determinado grupo.

Aunque McCauley y cols. (1980) piensan que es mejor concebir a los estereotipos como "generalizaciones sobre cierta clase de gente que distinguen a esa clase de otras" (p. 197), es decir, como pensamientos "característicos", en la práctica los estereotipos sexuales suelen considerarse en función de las diferencias asumidas o percibidas entre los sexos. Esto suele ocurrir, generalmente, cuando los grupos de individuos son dicotómicos (e.g. hombre-mujer). Cuando existen multitud de grupos, los estereotipos suelen ser definidos en términos característicos (e.g. andaluces, gallegos, catalanes, vascos, etc...), es decir, en función de aquellas características que se adscriben de manera más frecuente al grupo de que se trate.

Quizás la solución esté, por una parte, en considerar a los rasgos diferenciadores como integrantes de los

estereotipos -lo que suele proporcionar a tales estereotipos una gran capacidad predictiva en la interacción social- pero, por otra parte, no limitar el estereotipo a esos rasgos diferenciadores ya que éstos pueden representar sólo una pequeña fracción de todos aquellos rasgos que componen la visión de las personas de determinados grupos y además, la mayoría de las veces, es difícil determinar el grupo de comparación respecto al cual establecer los rasgos diferenciadores.

III. PRINCIPALES ORIENTACIONES EN EL ESTUDIO DE LOS ESTEREOTIPOS

Lo expuesto en las secciones anteriores evidencia que los investigadores están lejos de poseer una misma visión respecto al marco teórico a adoptar y las investigaciones empíricas a realizar en relación con los estereotipos. Aunque estas diferencias de opinión pueden agruparse de múltiples formas nosotros hemos adoptado en parte la propuesta por Ashmore y Del Boca (1981).

1. Orientación sociocultural

El foco de interés dentro de esta orientación lo constituye los estereotipos en su aspecto cultural o social. Los estereotipos son fundamentalmente algo que suministra la

cultura y que tienden a autoperpetuarse al ser aceptados por los individuos que son socializados dentro de esa cultura.

Los estereotipos, de esta manera, sirven a lo que Katz (1968) denominaba funciones utilitaria y expresiva de valores. Así, la sociedad utiliza los estereotipos para sostener las normas relativas a cómo deben comportarse y cómo deben ser tratados los diferentes grupos sociales y los individuos que los componen. Por su parte, el individuo, aceptando y expresando los estereotipos, está afirmando parte de un sistema de creencias que considera como propias y está obteniendo aceptación social.

El tipo de investigación más frecuente dentro de esta orientación consiste en demostrar, simplemente, que determinado conjunto de perceptores están de acuerdo sobre las características de cierto grupo o grupos (investigaciones que, por otra parte, son las que predominan cuando se hace una revisión de los estudios sobre estereotipos). Aquellos autores más orientados en una perspectiva del conflicto (Bowker y Carrier, 1976), están especialmente interesados en relacionar los estereotipos con las relaciones intergrupales.

Un tipo particular de investigación estimulado por la orientación sociocultural es el análisis de los diversos

canales de socialización y medios de comunicación de masas, con el fin de determinar los contenidos estereotipados. Sin embargo, poca ha sido la investigación dirigida a los procesos a través de los cuales los niños son influidos por los agentes de socialización.

2. Orientación psicodinámica

En esta orientación los estereotipos ocupan un lugar secundario, constituyendo su núcleo principal de interés el estudio de la relación entre prejuicio y personalidad. En claro contraste con la orientación sociocultural, en esta orientación el pensamiento y la conducta están determinados intrapsíquicamente. El prejuicio y los estereotipos con él relacionados sirven como un medio de reducir la tensión generada por conflictos intrapsíquicos -función defensiva del Yo (Katz, 1968)-.

Esta orientación teórica tuvo una gran influencia y durante bastantes años se convirtió en la perspectiva predominante en el estudio de los estereotipos, el prejuicio y el comportamiento intergrupar. En la actualidad ha perdido la fuerza que la caracterizó en otra época, siendo reemplazada por la perspectiva cognitiva.

Existen, no obstante, dos líneas bastante diferentes dentro de esta orientación. Por un lado, estaría aquella caracterizada por un reduccionismo psicoanalítico, que explica el prejuicio como fruto de la naturaleza instintiva de los seres humanos (sería el resultado del desplazamiento y de la proyección de la agresión instintiva). Por otro lado estarían las teorías psicosociales del prejuicio (fundamentalmente la Psicología del Yo y otras teorías psicodinámicas) que sí conceden importancia a la influencia de factores socioculturales sobre el individuo, o a la interacción entre éste y la sociedad (Adorno et al., 1950; Billig, 1976).

3. Orientación cognitiva

Hemos visto como para muchos autores los estereotipos son estructuras cognitivas, pero estructuras que en cierta medida son algo "especiales" -incorrectos, supergeneralizaciones, resistentes a la evidencia contraria, etc.-, diferenciándose de esta manera de los conceptos que los individuos mantienen sobre los objetos no-estereotipados.

Esta visión de los estereotipos implica, generalmente, una concepción del ser humano como un ser fundamentalmente racional, capaz de procesar y evaluar objetivamente la

información. Cuando esto no ocurre así suele explicarse por factores motivacionales (explicación psicodinámica) o por sesgos en la información asequible (explicación sociocultural). La orientación cognitiva en el estudio de los estereotipos supone una concepción totalmente diferente de la naturaleza humana: la capacidad humana de procesar información es limitada (Carroll y Payne, 1976), aunque esto no es óbice para que los seres humanos estén intrínsecamente motivados por aspectos "inteligentes". Estas limitaciones cognoscitivas hacen a las personas susceptibles de sesgos sistemáticos en el procesamiento de información acerca de hechos personas, y estos sesgos contribuyen significativamente a la formación y mantenimiento de los estereotipos sobre grupos sociales.

Esta orientación cognoscitiva en el estudio de los estereotipos coincide con la tercera etapa que Taylor (1981) señala en la evolución del tema cognitivo en Psicología Social. Según esta autora en la primera etapa el interés gira alrededor de las teorías de la consistencia cognitiva (Consistencia, Congruencia, Disonancia, etc.) y se caracteriza por la visión del ser humano como buscador de consistencia. En una segunda etapa la persona pasa a ser concebida más bien como un procesador de información y en esta etapa se da el auge de las Teorías de la Atribución. La tercera etapa tiene su inicio en el descubrimiento de los

errores y sesgos atributivos, como el "error atributivo fundamental" de Ross (1977), que vienen a poner de relieve las limitaciones del sistema cognitivo.

Desde esta perspectiva, los estereotipos desempeñan una "función cognitiva" en el sentido utilizado por Katz (1968), es decir, ayudan al organismo humano a reducir y a hacer más manejable la complejidad del mundo social.

Las investigaciones suscitadas dentro de esta orientación se centran, básicamente, en cómo la información sobre individuos y grupos es recibida, descodificada y almacenada, más que en cuales son los contenidos específicos de las creencias en relación a grupos sociales concretos.

Sin pretender ser exhaustivos, vamos a señalar algunas de las investigaciones realizadas dentro de esta orientación.

Rothbart y colaboradores han estudiado los procesos de memoria implicados en la estereotipia, habiendo encontrado que tiende a darse una sobreestimación de la frecuencia de los casos extremos porque son más fácilmente accesibles e identificables en la memoria. Estudiando los efectos que las expectativas estereotípicas tienen sobre la memoria

respecto a sucesos que confirman o contradicen esas expectativas encontraron que existía un mayor recuerdo de aquellos hechos que confirmaban las expectativas, lo cual puede contribuir a explicar el carácter autoperpetuado de los estereotipos sociales (Rothbart et al., 1979).

Taylor (1981) en sus investigaciones sobre el efecto "solo" ha estudiado la influencia de la distintividad sobre la saliencia de una categoría social. Según ella, el hecho encontrado de que cuando un individuo está "solo" en un grupo de personas (e.g. una mujer en un grupo de hombres) tiende a ser percibido de forma más estereotipada, puede ser explicado porque en esa situación la categoría de pertenencia se hace más sobresaliente.

Hamilton (1979, 1981) es quizás el autor más conocido de la orientación cognitiva, y sus investigaciones se centran en el estudio de ciertos sesgos cognitivos en la formación y mantenimiento de los estereotipos. Los juicios estereotípicos, según él, pueden concebirse como creencias de los perceptores cuando observan una relación correlacional entre dos variables: por un lado la pertenencia a un grupo y, por otro lado, un atributo psicológico. De sus trabajos, que se basan en los estudios sobre "correlación ilusoria" de Chapman (1967) podemos extraer dos grandes líneas de resultados.

a) La distintividad consiste, sobre todo, en infrecuencia. Así, la interacción con el miembro de un grupo minoritario, por su infrecuencia, suele ser un acontecimiento distintivo; igualmente, los actos indeseables, al ser menos frecuentes que los deseables, también aparecen como distintivos. La correlación percibida entre dos eventos que comparten cierta característica, en este caso la infrecuencia, suele ser mayor que la percibida entre eventos que no tienen nada en común, de ahí que la información relativa a la presencia de conductas indeseables en grupos minoritario tienda a ser sobreestimada.

b) La creencia previa que los individuos tengan respecto a la asociación entre dos tipos de información (pertenencia a una categoría y presencia de ciertos rasgos, atributos o conductas) determina el ulterior procesamiento de la información. Aquí los resultados de Hamilton coinciden con los de Rothbart y cols., ya citados, acerca de la influencia de las expectativas estereotipadas previas sobre el procesamiento de información.

4. El enfoque de la teoría de la Categorización - Identidad - Comparación social

Dado el amplio predominio que mantiene en los últimos años el enfoque cognitivo en el estudio de los estereotipos, queremos comentar, por último, algunas consideraciones críticas que desde el ámbito de la Psicología Social europea se han realizado a tal enfoque, para lo cual seguiremos el trabajo de Huici (1987). En general, todas estas críticas coinciden en abogar por un marco más amplio en el que insertar los estudios cognitivos sobre estereotipos. Tal marco lo constituiría las relaciones intergrupales.

Los estereotipos, según Tajfel (1981) sólo pueden llegar a ser sociales cuando son "compartidos" por gran número de personas dentro de grupos o entidades sociales. Si nuestro interés se limita al análisis exclusivo de las funciones cognitivas de los estereotipos estamos olvidando el estudio de las funciones que los estereotipos cumplen para el grupo social dentro del cual se difunden ampliamente.

El énfasis cognitivo, de gran predominancia en el panorama actual de la Psicología Social, se basa en dos supuestos. En primer lugar, se supone que el análisis de los procesos individuales, cognitivos o motivacionales, es necesario (y a menudo suficiente) para la comprensión de la mayor parte de la conducta y de las interacciones sociales. En segundo lugar, se supone (en cierta manera como derivación del primer supuesto) que tal análisis no precisa tener en

cuenta teóricamente la interacción entre la conducta social y el contexto social. Tales planteamientos individualistas han sido recientemente criticados por numerosos autores (ver Tajfel, 1981). Resumiendo estas críticas se puede decir que al olvidar el "contexto social" se olvida el hecho de que los estereotipos que son mantenidos en común por un gran número de personas, como es el caso de los estereotipos sexuales, proceden de, y son estructurados por, las relaciones entre los grandes grupos o entidades sociales. El funcionamiento y el uso de los estereotipos es el resultado de una íntima interacción entre esta estructuración contextual y el papel de los mismos en la adaptación de los individuos a su medio ambiente social.

Oakes (1983) cuestiona la definición de distintividad en términos de novedad o frecuencia, prescindiendo del significado social de ésta. Según ella, la influencia social nos dice qué categorías sociales resultan relevantes y cuáles no lo son. Así, sería un despilfarro de capacidad de procesamiento informativa que una persona de un sexo entre muchos del otro sexo llamara la atención con la misma fuerza que un hombre con bigote entre otros que no lo tienen.

Según Tajfel (1981) sólo se darán consecuencias en términos de estereotipos (por ejemplo, a partir de un

individuo que destaca para formar el estereotipo del grupo) cuando la categoría a la que tal individuo pertenece esté dotada previamente de significado y valoración sociales. De este modo, más que ser la distintividad lo que hace sobresaliente a una categoría, ocurriría lo contrario: es la pertenencia a una categoría con significado social lo que produce la distintividad.

De otra parte, Tajfel (1982) piensa que generalmente se pone el énfasis en la recogida de la información a partir de los miembros individuales de un grupo o categoría como vía para la formación de estereotipos. Él duda de que éste sea el origen más frecuente de los estereotipos ampliamente compartidos. En definitiva, según Tajfel, el estudio de los procesos cognitivos es necesario, aunque insuficiente, para dar cuenta de los estereotipos sociales. Tales estereotipos cumplen una serie de funciones, bien para los individuos bien para los grupos que los mantienen. Entre las funciones individuales, una de ellas es la función cognitiva (ayudan a simplificar la percepción del mundo) y otra es la función defensiva del sistema de valores del individuo. Las funciones sociales o grupales de los estereotipos son tres: 1) ayudan a explicar la causalidad social (e.g. cuando se atribuyen ciertos males sociales a ciertos grupos); 2) justifican las acciones emprendidas contra esos grupos (e.g. cuando se

explota a aquellos grupos considerados inferiores); 3) proporcionan distintividad o identidad social positiva a los miembros de los grupos que mantienen los estereotipos.

Antes de finalizar este capítulo queremos subrayar la posición inusual que el estudio de los estereotipos ha ocupado en la historia de la Psicología Social. Mientras que la mayoría de los temas importantes estudiados tradicionalmente en Psicología Social hacen referencia a los procesos -e.g. cambio de actitud, percepción de personas, influencia, etc.- las investigaciones sobre estereotipos se han centrado en el estudio de su contenido. Es decir, la mayoría de estas investigaciones se han limitado a describir cuáles son los pensamientos estereotípicos que los individuos tienen de los miembros de ciertos grupos sociales -raciales, sexuales, religiosos, nacionales... La consecuencia ha sido el divorcio o separación entre la investigación sobre estereotipos y las grandes líneas de investigación y teorización en Psicología Social. Esta separación ha comenzado a superarse con la adopción de la perspectiva cognitiva en la investigación sobre estereotipos y con la inclusión de ésta en los ámbitos de la cognición social y de las relaciones intergrupo. No obstante, podemos decir que apenas estamos en los inicios de una nueva etapa. La investigación que aquí se expone intenta avanzar por este camino.

CAPITULO II.- LOS ESTEREOTIPOS SEXUALES

I. DEFINICION

Existen dos maneras básicas de realizar una definición de estereotipo sexual. La primera de ellas, la más común, consiste en enunciar aquello que los principales autores que han investigado en el área han considerado como estereotipos sexuales y es lo que intentaremos hacer a continuación. La segunda manera consiste en señalar aquellos aspectos, generalmente implícitos, en los que coinciden los autores que han investigado en este campo independientemente de la terminología que hayan utilizado, y ya ha sido expuesta en el capítulo anterior: los estereotipos sexuales son conjuntos estructurados de pensamientos o ideas acerca de cómo son los miembros de los grupos sexuales -no conviene olvidar los puntos en los que discrepan los investigadores en su concepción de los estereotipos sexuales, que han sido igualmente expuestos en el capítulo anterior. En lo que respecta a las definiciones explícitas valgan como ejemplos ilustrativos las realizadas por Broverman y cols. (1972, p. 64):

"Los estereotipos sexuales son pensamientos -ideas- consensuales acerca de las características diferentes del hombre y de la mujer".

y por Ashmore y Del Boca (1979, p. 222):

"Los estereotipos de género son conjuntos estructurados de pensamientos sobre los atributos personales del hombre y de la mujer".

Sin embargo, las definiciones explícitas de este tipo son escasas y en general poco claras. Existen muchos términos diferentes que se usan para designar el mismo fenómeno, así como muchos fenómenos diferentes a los que diversos autores llaman de la misma forma.

Revisando la literatura en búsqueda de una definición conceptual de estereotipo sexual lo primero que encontramos es su escasez numérica, especialmente en relación con la abundante investigación que existe sobre el tópico (e.g. sólo en 1977 se contabilizan 159 entradas en los Psychological Abstracts sobre "sex stereotype"). Una segunda cuestión es que parte de las escasas definiciones que encontramos están realizadas de manera indirecta. Por ejemplo, Rosenkrantz y cols. (1968) especifican el

significado de "estereotipo sexual" en una frase entre paréntesis: "... existencia de sex-role stereotype, es decir de las ideas consensuales acerca de las características diferentes del hombre y de la mujer" (p. 287). Por último, los "estereotipos sexuales" no han sido siempre diferenciados claramente de otros conceptos similares (e.g. Broverman y cols. usan los términos "sex-role stereotype" y "sex-role standards" de forma intercambiable).

A continuación vamos a diferenciar el concepto de estereotipo sexual de aquellos otros conceptos que más se le parecen y que son frecuentemente empleados. Aunque son conceptos distintos una adecuada comprensión de los estereotipos sexuales no puede alcanzarse sin tener en cuenta estos otros conceptos.

Cuadro núm. 2.1.- Conceptos relacionados con "estereotipos sexuales".

- **Estereotipo sexual:** conjuntos estructurados de pensamientos sobre los atributos personales del hombre y de la mujer.

- **Rol sexual (sex role):** prescripciones acerca de cómo los hombres y mujeres deberían ser y comportarse.

- **Estereotipos del rol sexual (sex role stereotypes):** imágenes que tienen los individuos acerca de las prescripciones de cómo los hombres y mujeres deberían ser y comportarse.

- **Actitudes del rol sexual (sex role attitudes):** evaluaciones que hacen los individuos acerca de las reglas específicas referentes al hombre y a la mujer.

- **Sexo:** las categorías hombre y mujer basadas en la biología.

- **Género:** factores psicológicos y sociales frecuentemente asociados con los estados biológicos hombre y mujer, bien por un observador bien por el propio individuo.

- **Identidad de género:** sentir, pensar y actuar como una mujer o como un hombre (Sherif, 1982), o la igualdad, unidad y persistencia de la individualidad de uno como hombre, mujer o ambivalente (Money y Erhardt, 1972).

- **Conductas típicas del sexo (o sexotípicas):** aquellas que ocurren con mayor frecuencia en un sexo que en otro.

- **Sexo-tipificación:** proceso de adquisición de patrones de conducta sexualmente tipificados.

- **Orientación del Rol Sexual o Identidad del Rol Sexual:** autoconcepción de los individuos de sí mismos como seres masculinos y femeninos.

El contenido del cuadro núm 2.1 merece algunos comentarios. Las definiciones propuestas lo son con una intención fundamentalmente clarificadora y no tienen un carácter taxativo. Ya hemos dicho que con frecuencia muchos

de esos términos se usan de forma intercambiable y que no siempre significan lo mismo para los diferentes autores.

Los términos **género** y **sexo** suelen usarse con igual significado y así lo haremos en nuestro trabajo -lo que se hace extensible a otros conceptos donde aparecen alguno de los dos términos, como "estereotipos de género", "estereotipos sexuales", "identidad de género", "identidad sexual"... No obstante, el uso de uno u otro término por los diferentes autores no es una cuestión aleatoria sino que con frecuencia implica distintas suposiciones acerca de los determinantes de las diferencias entre hombres y mujeres: el sexo generalmente implica causas biológicas mientras que el género invoca explicaciones basadas en la socialización. Así quienes usan el término **género** quieren enfatizar que el "ser hombre o mujer" es una realidad fundamentalmente social y piensan que el término **sexo** oscurece este énfasis al tener poderosas connotaciones biológicas.

Evitaremos en nuestro trabajo el uso del término **sex role** porque como indica Carolyn W. Sherif (1982, p. 392) este concepto se ha convertido en una especie de cajón de sastre mezcla de datos sociológicos, algunos mitos y supuestos no probados. A su juicio el concepto de rol sexual presenta tres aspectos curiosos:

1. Es uno de los pocos conceptos, si no el único, que une de forma acrítica un concepto biológico (sexo) con un concepto sociológico (rol). Así, el concepto resultante padece un doble riesgo: de una parte los mitos sobre el sexo y de otra las confusiones denotativas del concepto sociológico de rol.

2. La amalgama de ambos conceptos ha producido la separación del concepto sociológico (rol) de los problemas del carácter recíproco de las interacciones sociales humanas, en relación al cual fue originariamente introducido en Psicología Social.

3. La inserción del término dentro del funcionalismo sociológico enfatiza la "complementariedad" de los roles sexuales, a expensas de las diferencias de status y poder que otros autores han concebido como inseparables de cualquier relación de rol.

Una prueba de la gran confusión inherente al concepto de rol sexual está en la gran cantidad de términos que se han desarrollado para matizar diversos aspectos de su contenido: identidad del rol sexual, estereotipos del rol sexual, conductas del rol sexual, funciones del rol sexual, preferencia del rol sexual, correlatos del rol sexual, etc. (Heilbrum, 1931, p. 4)

El término **actitud del rol sexual** suele utilizarse para referirse a una orientación evaluativa (bueno-malo). Existen diversas técnicas para medir las actitudes del rol sexual -e.g. el Attitudes Toward Women Scale de Spence y Helmreich (1972). Estos instrumentos diagnostican la evaluación que un individuo hace de las prescripciones específicas que existen respecto al hombre y a la mujer -generalmente una orientación evaluativa hacia los roles "conservadores" o "tradicionales" versus los "modernos" y "liberales". Existen también métodos para investigar el prejuicio contra la mujer (e.g. Goldberg, 1968) y las actitudes hacia grupos específicos de mujeres -e.g. la Women as Managers Scale de Peters et al. (1974). Aunque el objeto de actitud varíe -roles sexuales, la mujer como grupo, las mujeres managers- todas estas técnicas diagnostican orientaciones evaluativas relevantes a las relaciones hombre-mujer; tales orientaciones son distintas a los pensamientos sobre los atributos personales de hombres y mujeres -"estereotipos sexuales".

Entre el amplio abanico de términos y conceptos que hemos utilizado existen tres elementos claves que se convierten en núcleos respecto a los cuales se articulan todos los demás: género, identidad de género y estereotipos de género o sexuales. El género consiste básicamente en un esquema para la categorización social de los individuos. Todo

esquema de género reconoce la diferenciación biológica, pero a la vez crea diferenciaciones sociales. Aunque existen ciertas categorías especiales para designar algunos casos ambíguos -e.g. eunucos, transexuales- las categorías de género son mutuamente exclusivas, en el sentido de que la pertenencia social a una de ellas impide pertenecer a la otra. Según esto, la identidad de género se refiere a una relación psicológica del individuo con las categorías de género de una sociedad; no sólo con la categoría a la que éste pertenece, sino también con aquellas categorías relacionadas. Esa relación implica tanto el conocimiento por parte del individuo del esquema de categorías para el género como reacciones valorativas de aceptación y rechazo hacia ellas.

Cuando los grupos humanos clasifican a la gente dentro de categorías sociales sus miembros forman un conjunto de normas sociales para evaluar a las personas que forman parte de las diversas categorías, estandarizando un conjunto de pensamientos e ideas -estereotipos sociales- y prescribiendo una serie de normas para las relaciones entre los integrantes de las diversas categorías.

II. MÉTODOS EN EL ESTUDIO DE LOS ESTEREOTIPOS SEXUALES

En el estudio de los estereotipos sexuales se han utilizado, fundamentalmente, dos metodologías diferentes: la observación, ya sea en el laboratorio, ya sea natural (especialmente para el estudio de los estereotipos de los "roles sexuales", esto es, los comportamientos relacionados con la pertenencia a una categoría sexual), y las medidas estandarizadas (escalas y cuestionarios). Son estas últimas medidas las que han acaparado la investigación sobre estereotipos sexuales, y por eso vamos a limitar nuestra exposición a ellas. A continuación expondremos brevemente los tres principales métodos de investigación de este tipo empleados en el estudio de los estereotipos sexuales.

II.1. Descripciones abiertas (open-ended).

Consiste sencillamente en pedir a los sujetos que describan con sus propias palabras sus concepciones del hombre y de la mujer. El uso de este tipo de metodología no es muy frecuente. Un ejemplo claro de ellas lo constituye el trabajo de Cherriffs y McKee (1957) donde se les pidió a los sujetos que listaran "diez rasgos o características del hombre y diez rasgos o características de la mujer". Obtuvieron 1427 palabras, frases o sentencias que fueron agrupadas por los investigadores en 26 categorías de

contenido "psicológicamente significativas", 9 atribuidas con mayor frecuencia al hombre y 14 a la mujer.

La mayoría de las investigaciones recientes utilizan esta técnica más que como instrumento que explique la naturaleza de los estereotipos sexuales como un primer paso en la construcción de medidas estandarizadas de los estereotipos sexuales (e.g. Rosenkrantz et al., 1968) o de la orientación del rol sexual (Bem, 1974), o para comparar los resultados obtenidos con diferentes metodologías (Cowan y Stewart, 1977).

La ventaja de este método consiste en la imposición de constricciones mínimas a los sujetos, pero su desventaja estriba precisamente en que es el investigador quien tiene que resumir los datos, imponiendo sus restricciones -problema que se agrava al carecer los investigadores de un esquema común o standar para efectuar el análisis de contenido-. Otro inconveniente adicional, derivado de los anteriores, es la dificultad de hacer comparaciones entre estudios que utilicen este método.

II.2. Checklists de adjetivos

Este método, propuesto por Katz y Bral, (1933) para el estudio de los estereotipos en general, es el más utilizado.

El investigador suministra una lista de elementos descriptivos -generalmente rasgos- y la tarea de los sujetos consiste en indicar cuáles de esos items caracterizan al hombre y cuáles a la mujer.

La aplicación concreta de este método puede presentar algunas variaciones. Williams y Bennett (1975) dieron a los sujetos una lista de 300 items del Adjective Check List (ACL) para que éstos decidieran "para cada adjetivo si éste se asocia más frecuentemente al hombre que a la mujer o a la mujer que al hombre". Los rasgos asignados a cada sexo por al menos el 75 por ciento de los contestantes de ambos sexos fueron definidos como estereotipos "focalizados" en el hombre o en la mujer, y los asignados a cada sexo por el 60 por ciento de la muestra fueron definidos como estereotipos "expandidos".

Williams y Best (1977) emplearon un diseño "inter-sujetos", ya que el método anterior de juicio relativo puede exagerar las diferencias percibidas entre hombres y mujeres dado que cada rasgo debe asignarse, forzosamente, al hombre o a la mujer. En este caso, cada sujeto participante describía sólo a un sexo; así, unos sujetos repondían a las instrucciones "para cada adjetivo debe decidir si es descriptivo o no del hombre en general", mientras que otros sujetos lo hacían a "para cada

adjetivo debe decidir si es descriptivo o no de la mujer en general". Los resultados obtenidos de ésta y de la anterior manera son similares ($r = .78$).

Sherriffs y McKee (1957) utilizaron una lista de 200 adjetivos para comparar dos procedimientos distintos de aplicar este método con los mismos sujetos. En un primer momento se les suministró dos listas de adjetivos iguales cada una con el encabezamiento siguiente: "Indique aquellos adjetivos que son, en general, verdad para el hombre"; "Indique aquellos adjetivos que son, en general, verdad para la mujer". En segundo lugar se les dió otra lista con los mismos adjetivos para que indicaran "para cada adjetivo si era más verdadero para el hombre o para la mujer". Los resultados obtenidos por ambos procedimientos fueron muy similares aunque en el procedimiento de elección forzosa (el segundo) parece que los resultados eran un poco más exagerados.

Un elemento importante en este método es la selección de ítems o atributos. Generalmente o bien se intenta recoger todos los ítems para los que se perciban diferencias entre los sexos (mediante descripciones abiertas), o bien se selecciona una lista preexistente de características que contenga tantos aspectos de personalidad como sea posible.

Este método, aunque tiene la limitación de imponer constricciones a los sujetos, presenta una serie de ventajas que lo han hecho muy utilizado:

- Los listados de items pueden hacerse superando ciertos sesgos que ya se conocen.

- Las respuestas son fáciles de codificar y resumir.

- Las comparaciones entre sujetos y entre muestras son fáciles de realizar.

- Permite la relación de los resultados obtenidos con aquellos otros de los estudios de personalidad.

II.3. Escalas de calificación

Con este método los sujetos en vez de hacer juicios categoriales -es decir, estimar si un rasgo se aplica al hombre o a la mujer- indican el grado en el que los atributos (generalmente rasgos) son característicos de cada género o indican la extensión según la cual hombres y mujeres difieren en la posesión de determinados atributos.

La escala más utilizada es el Sex Role Stereotype Questionnaire (SRSQ) desarrollada por Rosenkrantz y otros (1968). El proceso de construcción de este cuestionario fue como sigue. En un primer momento se les pidió a los sujetos que listaran "conductas, actitudes y características de personalidad que sean consideradas como diferenciadores entre hombre y mujeres". Con los items obtenidos -122- se construyeron escalas bipolares de 60 puntos (e.g. "fácilmente influenciable-difícilmente influenciable") que se pasaron a los sujetos con las siguientes instrucciones: "Imagine que se encuentra una persona por primera vez y que lo único que sabe de ella es que es un hombre (o una mujer, según la versión del cuestionario) adulto". Los sujetos calificaban a un sexo y después al otro, en el mismo conjunto de items, indicando el grado o extensión en la que esperaban que caracterizara al hombre o a la mujer adulto. Aquellos items en los cuales el 75% de los contestantes de ambos sexos estaban de acuerdo en que un polo de la escala caracterizaba a un sexo más que a otro fueron designados como "estereotípicos" (41 de los 122 items superaron este criterio, con una $P < 0.001$ y 48 lo hicieron con una $P < 0.05$).

Existen otras versiones del SRSQ, generalmente más breves, como la de Ellis y Bentler (1973) de 55 items y la de O'Leary y Depner (1975) de 25 items. Spence y cols. (1975)

utilizaron el SRSQ como punto de partida para el desarrollo de una medida de autopercepción de masculinidad y feminidad: el Personnel Attributes Questionnaire (PAQ). Este método tiene en común con check-list que el investigador tiene que seleccionar el "vocabulario" de items. Tiene la ventaja de requerir de los sujetos juicios más precisos y permite ver de forma más clara como un sexo es percibido en relación con el otro. Su principal problema es que precisa de una escala bipolar para cada item, y como han mostrado Triandis y Marín (1983) el uso de escalas bipolares puede producir fuertes distorsiones en el diagnóstico de los estereotipos, por lo que ellos abogan por el uso separado -unipolar- de cada adjetivo.

II.4. Algunos problemas metodológicos.

Existe cierta inconsistencia en los resultados de las investigaciones realizadas sobre estereotipos sexuales. Parte de esa inconsistencia ha sido atribuida a los métodos empleados. A continuación veremos algunos de los problemas señalados en este sentido, que se refieren a los tres métodos en general.

En primer lugar, es preciso señalar que los tres métodos se basan en medidas autoinforme (es decir, conocemos lo que los individuos quieren decirnos), y en su

forma de aplicación habitualmente se hace muy patente para los sujetos lo que se quiere medir, lo cual produce distorsiones en el sentido de la "deseabilidad social" de las respuestas o del tipo "características de la demanda".

En segundo lugar, en la propia ejecución técnica de estos métodos hay algunos factores que puedan explicar la inconsistencia de resultados:

a) Los estudios difieren en aquello que se les pide a los sujetos que describan (hombre, mujer, masculino, femenino, hombres y mujeres típicos, varón, hembra, etc.). Complica este problema el hecho de que el uso de un tipo particular de estímulos tiende a influir en el formato elegido para las respuestas. Además, algunas instrucciones solicitan de los sujetos que describan los estereotipos compartidos culturalmente, mientras que otros les piden sus estereotipos personales.

b) Hay también diferencias entre los estudios en la tarea que se les pide a los sujetos que realicen, así como en el formato de las respuestas.

En cuanto al primer aspecto ya hemos mencionado que las investigaciones difieren en el grado de constricción de la respuesta de los sujetos, habiéndose encontrado que

cuanto mayor es esta mayor es la estereotipia. El formato de la respuesta también afecta al contenido de los estereotipos sexuales resultante: en las investigaciones realizadas por procedimientos abiertos a los sujetos se les puede pasar ciertos atributos; en las que utilizan el check-list se les puede pasar al investigador (como de hecho evidencia la ausencia en las investigaciones de atributos relacionados con la sexualidad o apariencia física). Está fehacientemente comprobado que la mayoría de los atributos utilizados en las investigaciones son rasgos de personalidad cuando se sabe, por otra parte, que en realidad los estereotipos sexuales contienen no sólo estos rasgos sino también características físicas, ocupaciones, conductas de rol, etc. Deaux y cols. (1983) han trabajado recientemente en la solución de este problema.

c) Por último, un aspecto técnico que afecta a los resultados de las investigaciones sobre estereotipos sexuales es el criterio utilizado para definir el estereotipo. Algunos investigadores lo hacen a simple vista, otros utilizan como criterio la frecuencia de individuos que asocian determinado ítem a cada sexo; pero estas frecuencias varían de un autor a otro (del 50 al 75%). Cuando se emplean escalas de calificación también hay diversidad en el criterio adoptado.

La clasificación expuesta de las medidas auto-reporte en el estudio de los estereotipos es consistente con otras clasificaciones utilizadas. Así, Beere (1979) divide las medidas en aquellas que requieren que los sujetos asocien rasgos, ocupaciones, etc. con hombres o mujeres, como se hace en los check-list, y aquellas otras que implican escalas tipo diferencial semántico --como las escalas de calificación. Ruble y Ruble (1982), por su parte, identifican los mismos tipos que nosotros hemos expuesto y añaden las medidas tipo Likert.

III. RESULTADOS DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE ESTEREOTIPOS SEXUALES

Como hemos mencionado con anterioridad, los resultados de las investigaciones están poderosamente mediatizados por el tipo de método utilizado y por otras consideraciones técnicas. Teniendo en cuenta estas matizaciones vamos a exponer, de manera sintética, las principales líneas de resultados.

III.1. Contenido de los estereotipos sexuales

A) Resultados de las investigaciones.

El principal área de estudio dentro del tema de los estereotipos sexuales ha sido la descripción del contenido de tales estereotipos. Existe, en general, un alto consenso sobre cuáles son los rasgos atribuidos más frecuentemente al hombre y a la mujer, constituyendo imágenes diferentes de cada uno de los sexos.

Fruto de la revisión de algunas de las principales investigaciones realizadas en este area (McKee y Sherriffs, 1957; Rosenkrantz et al., 1968; Broverman et al., 1972; Spence et al., 1974; Williams y Best, 1982), exponemos a continuación algunos de los principales rasgos asociados a cada sexo.

Cuadro 2.2.- Características generalmente asociadas a la mujer.

- Amable, cariñosa, afectiva, comprensiva, cálida, consciente de los sentimientos de los demás, bondadosa, corazón suave, con tacto...

- Apacible, serena;

- Dócil;

- Dependiente;

- Emocional, excitable, sentimental...

- Frívola, irreflexiva, coqueta...

- Sumisa, pasiva;

- Tímida.

Cuadro 2.3.- Características generalmente asociadas al hombre:

- Activo;
 - Agresivo;
 - Ambicioso;
 - Autosuficiente, autocrático;
 - Arrogante, engreído, fanfarrón, jactancioso;
 - Atrevido, con decisión, aventurero, emprendedor, resuelto, enérgico, lleva la iniciativa, dinámico, valiente...
 - Competitivo;
 - Seguro de sí mismo, con confianza en sí mismo, autoconfiado, asertivo, firme, estable, toma sus propias decisiones...
 - Dominante;
 - Fuerte, vigoroso;
 - Independiente;
 - Líder, actúa como líder;
 - No emocional, no excitable, autocontrolado, no sentimental, nunca llora, oculta las emociones, corazón duro, no se siente herido fácilmente, impasible...
 - Racional, objetivo, sabio, testarudo, pensador rápido, de ideas claras, realista, inventivo, ingenioso...
-

Dada la extraordinaria diversidad y dispersión en los elementos que componen los estereotipos sexuales, numerosos investigadores han propuesto varias formulaciones sintetizadoras: Sherriffs y McKee (1957) utilizando un

procedimiento abierto, encontraron que las categorías (fruto del análisis de contenido) adscritas con mayor frecuencia al hombre eran, por orden de importancia: "atributos físicos" (e.g. alto), "ascendencia" (e.g. dominante), "responsabilidad" (e.g. formal) e "independencia" (e.g. toma sus propias decisiones). Las categorías usadas más a menudo para describir a la mujer fueron (en orden de importancia): "consciencia social" (e.g. se viste cuidadosamente), "afecto o actitud negativa hacia los demás" (e.g. rencorosa), "atributos físicos" (e.g. pequeña), "orientación hacia el hogar y asuntos del corazón" (e.g. maternal) y "afecto o conductas positivas hacia los demás" (e.g. amistosa).

Snerriffs y McKee (1957), mediante un procedimiento de investigación distinto (checklist) resumen del siguiente modo los estereotipos de cada sexo:

- Estereotipo positivo del hombre: 1) "estilo desinhibido, empujando hacia adelante"; 2) "competencia y habilidad racional"; 3) "acción, fuerza y afectividad".

- Estereotipo positivo de la mujer: 1) "habilidades sociales"; 2) "apoyo emocional"; 3) "interés por las implicaciones espirituales de la experiencia".

- Los estereotipos negativos de ambos sexos estaban constituidos por exageraciones de los anteriores.

Otros autores han resumido aun más los estereotipos sexuales y expresiones como "agencia / comunión" o "competencia-racionalidad asertividad / ternura-expresividad" han sido propuestas. Pero quizás las formulaciones más populares sean la de Broverman y cols. (1972) ("afecto-expresividad / competencia") y la de Spence y cols. (1975): "instrumentalidad / expresividad".

Nosotros (Moya, 1984) ya expusimos en otra parte un resumen (fruto de una revisión de la literatura del área) de las principales características asociadas a cada sexo. En el campo de las aptitudes, los estereotipos muestran a los hombres como más inteligentes, fuertes y hábiles que las mujeres: en intereses y valores, los hombres están interesados por los valores teóricos, económicos y políticos y las mujeres por los valores estéticos, sociales y religiosos; por último, en cuanto a características de personalidad, se consideran rasgos asociados al hombre la independencia, dominancia, motivación por el éxito e inexpresividad, y asociados a la mujer la dependencia, afectividad y expresividad.

Las investigaciones mencionadas hasta ahora han estudiado los estereotipos sexuales tal y como existen, por decirlo, de alguna manera, en la mente de los individuos (más exactamente, en sus informes verbales). No obstante, existe un amplio abanico de investigaciones sobre el hombre y la mujer tal y como aparecen en los medios de comunicación (películas, libros de texto, periódicos, etc.), habiéndose encontrado que las figuras masculinas aparecen con mayor frecuencia que las femeninas, y que las actividades que realizan los sexos en las imágenes que aparecen en esos medios están muy relacionadas con los estereotipos del hombre activo, centrado en el ámbito del trabajo y de la mujer pasiva y mantenedora del hogar.

B) Algunas precisiones críticas sobre los resultados de las investigaciones acerca del contenido de los estereotipos sexuales.

En primer lugar hemos de señalar que el contenido de los estereotipos sexuales está estrechamente relacionado con el tema de cómo ese contenido está representado cognitivamente. Es decir, los resultados de las investigaciones están mediatizados por la concepción de los estereotipos sexuales bien como dimensiones bipolares de

personalidad (e.g. se percibe al hombre como activo o como pasivo); bien como categorías de atributos asociados con uno u otro sexo (e.g. el hombre puede percibirse como activo y como pasivo, aunque en grados diferentes), o bien como una mezcla de ambas concepciones.

En segundo lugar, la mayoría de las investigaciones que versan sobre el contenido de los estereotipos sexuales se centran en las características o rasgos de personalidad, a pesar de que las investigaciones han mostrado la existencia de otros aspectos que forman parte de dichos estereotipos: conductas de rol, ocupaciones, características físicas y sexualidad. Con pocas excepciones, este último tema de la sexualidad ha sido ignorado por los psicólogos que han investigado los estereotipos de género. Sin embargo, no ha sido ignorado por los lingüistas, especialmente los lingüistas feministas; hay de hecho, una amplia documentación de cómo el lenguaje denigra a la mujer, y el trabajo sobre subtipos sexuales de mujeres es una parte importante de esta literatura.

En tercer lugar, las investigaciones ignoran (a veces deliberadamente), los aspectos negativos de los estereotipos sexuales, enfatizando de este modo los estereotipos del rol sexual, es decir, aquello que los

individuos "deberían" ser y hacer, más que aquello que son y hacen realmente.

II.2. Valoración de los estereotipos sexuales.

Uno de los principales propósitos de la mayoría de los investigadores sobre estereotipos sexuales ha sido la comparación de la favorabilidad del estereotipo de hombre y de mujer. Hay que tener en cuenta que su interés ha versado en el diagnóstico de la deseabilidad social de los atributos adscritos a cada sexo (a menudo rasgos de personalidad) más que en la evaluación de las categorías sociales hombre y mujer.

McKee y Sherriffs (1957) en un trabajo compañero de su clásica investigación sobre el contenido de los estereotipos sexuales (Sherriffs y McKee, 1957), analizaron la evaluación de los estereotipos de hombre y de mujer. Diferentes análisis de sus dos grupos de datos (unos obtenidos con un procedimiento abierto y otros mediante el check-list) mostraron los mismos resultados: ambos sexos son evaluados positivamente; el hombre, no obstante, es visto más favorablemente que la mujer, especialmente por los sujetos varones.

Williams y Bennett (1975) utilizando el ACL de Gough, y empleando tres formas distintas de examen de la favorabilidad de los estereotipos de género, concluyeron que el patrón general de resultados indicaba que los estereotipos de hombre y de mujer no diferían en deseabilidad social. Concretamente, el estereotipo "focalizado" del hombre era más valorado que el de la mujer, pero estos resultados se invertían en el caso del estereotipo "expandido". En la investigación de Rosenkrantz y cols. (1968) apareció, igualmente, que los estereotipos asociados al hombre eran valorados más positivamente (los rasgos masculinos más valorados eran "competencia, racionalidad y asertividad", y los femeninos "ternura y expresividad"). Sin embargo, es interesante señalar que los estereotipos de ambos sexos eran valorados positivamente y la puntuación media de favorabilidad de los ítems masculinos no difería de la de los femeninos.

El resumen de los principales estudios de la literatura sobre estereotipos sexuales indica, a pesar de las afirmaciones en sentido contrario, que la evidencia en relación con la evaluación de los estereotipos de hombre y de mujer es mixta y por tanto, no concluyente. Equipos

diferentes de investigadores encuentran resultados diferentes. Y quizás sea aun más importante señalar el hecho de que a veces los mismos datos pueden analizarse de forma distinta y producir resultados diferentes.

Estas disparidades suscitan dos preguntas:

1) ¿Hay una relación sistemática entre el método de análisis y los resultados obtenidos? La respuesta parece ser afirmativa. En los trabajos de Rosenkrantz y cols. y de Williams y cols., el estereotipo del hombre era más valorado que el de la mujer sólo cuando se usaba un enfoque sumativo para determinar la favorabilidad del estereotipo (esto es, sólo cuando se comparaba el número total de atributos favorables que contenía el estereotipo de cada sexo). Los resultados de la utilización de ese procedimiento son dependientes, en gran medida, del número de items designados por el investigador como estereotípicos. Los procedimientos de comparación que han corregido de alguna manera el número de items comprendidos en el estereotipo de hombre y de mujer tienden a no mostrar diferencias en la deseabilidad social promedio de los atributos adscritos a cada sexo.

2) Dado que existe alguna conexión entre método y resultados ? Qué procedimiento es el más recomendable para determinar la favorabilidad del estereotipo ? Tomando como punto de referencia las aportaciones efectuadas dentro del campo de Percepción de Personas en Psicología Social, puede señalarse que los modelos sumativos no predicen la favorabilidad de la impresión de personalidad global tan bien como los modelos promedio (Schneider y cols., 1979, p. 80). Esto sugiere que una comparación de las puntuaciones medias de favorabilidad de los items estereotípicos es un método más apropiado que la comparación del número absoluto o proporción de rasgos deseables e indeseables atribuidos a cada sexo.

Con pocas excepciones, los investigadores relatan que el estereotipo del hombre comprende mayor número de elementos (y mayor número de atributos favorables) que el estereotipo de mujer. Una posible consecuencia de esto es que los hombres quizás tengan un abanico de opciones conductuales aprobadas socialmente más amplio que el de las mujeres, es decir, que los hombres tengan más maneras o caminos en los que poder ser "buenos". En este sentido quizás si se pueda decir que el estereotipo de los hombres es más positivo.

II.3. Difusión de los estereotipos sexuales.

La mayoría de los investigadores apoyan la idea de que los estereotipos sexuales están omnipresentes. Esta conclusión se basa en alguna de las dos líneas de resultados siguientes: 1) En los datos que sugieren que casi todas las características o categorías de atributos son asociadas con mayor frecuencia a un sexo que a otro; 2) en los datos que indican que un gran porcentaje de contestantes utilizan pensamientos estereotipados. Sin embargo, hay que decir que la omnipresencia de los estereotipos sexuales no ha sido firmemente confirmada por las investigaciones. Las dos corrientes de evidencia en apoyo de la omnipresencia de los estereotipos sexuales son susceptibles de fuertes matizaciones.

Respecto a la primera de ellas, hay que decir que no todos los estudios presentan resultados convincentes; algunos, por ejemplo, utilizan criterios estadísticos dudosos (como McKee y Sherriffs, 1957), otros no han replicado siempre los primeros resultados (como Cowan y Stewart, 1977).

Respecto a la evidencia que señala que los estereotipos sexuales son compartidos por mucha gente, hemos de señalar que la mayoría de las investigaciones han utilizado muestras de sujetos muy homogéneas (generalmente estudiantes de universidad). Para probar la idea de la omnipresencia de los estereotipos sexuales se hace necesario utilizar métodos que permitan la comparación de diversos subgrupos pertenecientes a la población general que nos interesa.

Algunos investigadores han estudiado los estereotipos sexuales a través de diferentes culturas. Una de las investigaciones más conocidas es la de Williams y Best (1982). A continuación presentamos los resultados de su estudio referentes a aquellos items más asociados con el hombre o con la mujer en al menos 19 de los 25 países estudiados (entre otros estaban: Australia, Bolivia, Canadá, Inglaterra, India, Italia, Israel, Japón, Malasia, Nigeria, Pakistán, Perú, etc.).

Cuadro 2.4.- Items, según Williams y Best (1962) asociados al hombre y a la mujer (entre paréntesis se menciona el número de países que coinciden en su juicio).

Asociados al HOMBRE	Asociados a la MUJER
Activo (23)	Conmovedora (20)
Aventurero (25)	Sumisa (25)
Agresivo (24)	Cariñosa (24)
Ambicioso (22)	Apacible (21)
Arrogante (20)	Ansiosa (19)
Asertivo (20)	Sensible (24)
Independiente (25)	Atractiva (23)
Autocrático (24)	Agradable (19)
Ingenioso (19)	Encantadora (20)
Fanfarrón (19)	Sentimental (25)
Con iniciativa (21)	Curiosa (21)
Claro pensamiento (21)	Sexy (22)
Inventivo (22)	Dependiente (23)
Burdo (21)	Tímida (19)
Perezoso (21)	Soñadora (24)
Seguro de sí mismo (19)	De corazón suave
Lógico (21)	Emocional (23)
Valiente (23)	Dócil (19)
Impasible (20)	Miedosa (23)

Cruel (21)	Supersticiosa (25)
Recio (21)	Femenina (24)
Atrevido (24)	Locuaz (20)
Detestable (19)	Amable (21)
Con decisión (21)	Débil (23)
Oportunista (20)	Bondadosa (19)
Desordenado (21)	
Progresista (23)	
Dominante (25)	
Racional (20)	
Egoísta (21)	
Realista (20)	
Enérgico (22)	
Temerario (21)	
Emprendedor (24)	
Robusto (24)	
Vigoroso (25)	
Grosero (23)	
Testarudo (21)	
Auto-confiado (21)	
De corazón duro (21)	
Serio (20)	
Gracioso (19)	
Severo (23)	
Firme (24)	
Fuerte (25)	

No emocional (23)

Sabio (23)

Poco amable (19)

Sin embargo, la diversidad cultural de las 25 naciones queda oscurecida por el hecho de que los sujetos eran en todos los países estudiantes universitarios, lo cual otorga un alto grado de homogeneidad a la muestra.

IV. ESTRUCTURA DE LOS ESTEREOTIPOS SEXUALES

Poca ha sido la investigación que tradicionalmente se ha dirigido al conocimiento de la estructura de los estereotipos sexuales. Recientemente, sin embargo, los investigadores más que limitarse a la mera descripción de los contenidos de los estereotipos sexuales se han dirigido a la búsqueda de respuesta a otras cuestiones entre las que cabe destacar las siguientes: ¿Cuáles son los diversos aspectos que constituyen los estereotipos globales? ¿cómo se relacionan entre sí esos aspectos?

Varias líneas de investigación pueden delimitarse en el intento de responder a estas preguntas.

1. Los componentes de los estereotipos sexuales

Los estudios más citados sobre los estereotipos de género son los realizados por Broverman y cols. (Broverman et al., 1972; Rosenkrantz et al., 1968). Ya hemos mencionado como esos autores encontraron dos conjuntos de rasgos asociados al hombre y a la mujer: ternura y expresividad, se piensa que son más característicos de la mujer que del hombre; y competencia y racionalidad más del hombre que de la mujer. Spence y cols. (1974) utilizando los mismos rasgos encontraron dos factores semejantes a los que denominaron instrumentalidad y expresividad. Estos dos conjuntos de rasgos son teórica y empíricamente dimensiones independientes. En las investigaciones realizadas con esas medidas los estereotipos sexuales son concebidos exclusivamente en términos de rasgos de personalidad. Sin embargo, en la mayoría de las discusiones sobre estereotipos sexuales es frecuente referirse a otras características relacionadas con el sexo, tales como conductas de rol, apariencia física y ocupación laboral.

Deaux y Lewis (1983) intentaron averiguar si existían componentes separados e identificables de los estereotipos de género, así como diagnosticar la relación entre tales componentes. Los resultados de su investigación sugieren que efectivamente existen componentes identificables y separados

de los estereotipos sexuales, si bien están relacionados entre sí. Las personas parecen utilizar un sistema de juicio multidimensional más que unidimensional. Así, las calificaciones de conducta de rol que los individuos hacen, por ejemplo, pueden ser en cierta medida independientes de las calificaciones de rasgos, características físicas u ocupaciones laborales. Parece ser, no obstante, que tales componentes están más ligados entre sí cuando la relación del componente con el sexo discrepa del género de la persona estímulo. Asimismo, estas autoras encontraron que las puntuaciones de los componentes masculinos y femeninos son independientes entre sí. Por ejemplo, la adscripción de conductas de rol masculinas a una persona estímulo no implica la no adscripción de conductas de rol femeninas. Por último, sus datos sugieren que hay ciertos componentes más centrales al estereotipo que otros. Así, la probabilidad otorgada a las conductas de rol es mayor que la otorgada a las características físicas.

Posteriormente, Deaux y Lewis (1984 exp. 1 y 2) realizaron dos experimentos en orden a profundizar en el conocimiento de la relación entre los diversos componentes de los estereotipos sexuales. Específicamente, diagnosticaron la probabilidad de que los sujetos infirieran la existencia de otras características relacionadas con el sexo -como rasgos, características físicas, ocupaciones y

homosexualidad/heterosexualidad- cuando se presentaba además del sexo de la persona estímulo la conducta de rol que desempeñaba -masculina, femenina o neutra- (en el exp. 1) o información referente a los rasgos -masculinos, femeninos o neutros- (en el exp. 2). Los resultados indican que aunque los estereotipos sexuales consten de componentes separados, cuando a una persona se le da información sobre un componente particular, esta persona utiliza dicha información para inferir otras características coherentes con el sexo y consistentes con la información inicial. Así, la información sobre roles y rasgos afecta a otros juicios, especialmente a los relativos a la ocupación laboral y a la orientación sexual -en este último caso con considerable fuerza: cuando un hombre es presentado con rasgos o conducta de rol femeninos los individuos consideran que la probabilidad de que sea homosexual es del 40 por ciento y del 39 por ciento, respectivamente. En general, los efectos de la información específica de rasgos y conductas de rol fueron mayores que los efectos de la etiqueta de género. Así, como sugieren Locksley y cols. (1980) la información específica acerca de un sujeto puede explicar más varianza que el género en la conducta subsecuente y en las predicciones de rasgos.

En un tercer experimento Deaux y Lewis (1984, exp. 3) presentaron información sobre cada uno de los cuatro componentes identificados con anterioridad (Deaux y Lewis,

1983): conductas de rol, características físicas, rasgos y ocupaciones, y pidieron a los sujetos que juzgaran la probabilidad de que la persona estímulo tuviera características de cada uno de los restantes componentes. Los resultados, aunque presentan patrones complejos, indican que las conductas de rol y los rasgos tienden a implicarse mutuamente y que la fuerza con que unos componentes elicitaban a otros varía según se trate del dominio masculino o femenino. Por último, la influencia de los diversos componentes no es siempre igual de fuerte; por ejemplo, el peso de la información de rasgos no siempre sobrepasa al peso de la etiqueta de género, mientras que la apariencia física sí lo hace.

2. Subtipos de hombre y de mujer

Algunos investigadores del área de la cognición social (Hamilton, 1981; Taylor, 1981) han sugerido que las categorías sociales generales, como **hombre** y **mujer** son demasiado amplias para captar adecuadamente las concepciones que los perceptores tienen de esos grupos. Siguiendo el modelo de categorización de los objetos naturales de Rosch (1978) estos investigadores sugieren que las categorías sociales deben ser conceptualizadas en términos jerárquicos. Según esto, "hombre" y "mujer" serían dos categorías

superordenadas que subsumen cierto número de conceptos más específicos o de nivel más básico.

Según la evidencia disponible en el área de la cognición social se puede hipotetizar que los subtipos de hombre y de mujer deben poseer una mayor red de asociaciones y ser relativamente más distintivos unos respecto a otros. En palabras de Hamilton (1981, p. 338): "Anidadas dentro de estas categorías superordenadas están las subcategorías de orden más bajo (posiblemente a diversos niveles) que son más funcionales a causa de su mayor articulación de objetos (personas) dentro de una categorías a la vez que suministran diferenciaciones significativas entre las diferentes categorías".

Aunque algún proceso de estereotipia puede ocurrir en el nivel superordinado, se asume que cuando el observador tiene algún grado de experiencia en relación con el grupo de que se trate, como generalmente ocurre en el caso de hombres y mujeres, se formarán conceptos más subordinados y diferenciados.

Situándonos en un plano meramente lógico, no sería funcional para un individuo ignorar las diferencias que existen dentro de cada género creadas por variables demográficas -edad, raza, clase social, región, religión,

etc.- y por los roles que hombres y mujeres desempeñan, que no son mutuamente exclusivos. Si los estereotipos son ante todo funcionales, es decir, ayudan a resumir el conocimiento y guían la conducta respecto a una categoría social y sus miembros entonces los individuos deberían diferenciar subtipos de género.

Y efectivamente, las investigaciones realizadas permiten mantener dicha afirmación. Clifton et al (1976) identificaron dos subtipos específicos de mujer: ama de casa y "bunny" ("conejito", en alusión a las "chicas play-boy"). Los resultados obtenidos por Ashmore (1981) utilizando análisis jerárquico de conglomerados indican que aunque las concepciones que los sujetos tienen de los hombres y mujeres es claramente diferente -en términos de las características duro/mental versus afectuoso- aparecieron con nitidez subgrupos de hombres y mujeres en las estructuras cognitivas de los sujetos. Por ejemplo, en un análisis, las mujeres perceptoras diferenciaban entre dos tipos de mujer, uno que era caracterizado como débil, excitable, temperamental, nervioso y despistado y el otro como equilibrado, idealista, prudente y discreto. Estos mismos sujetos distinguían entre hombres percibidos como conservadores, formales, no emotivos y aquellos percibidos como vanidosos, imprudentes, maliciosos y fuertes.

Taylor (1981) en su investigación utilizando el paradigma del "efecto solo" encontró que en los grupos con los cuales el perceptor tiene alguna familiaridad la estereotipia ocurre en el nivel de los subtipos. Así, las mujeres son percibidas no según todos los rasgos que componen el estereotipo de mujer, en general, sino más bien según alguna de las subcategorías de mujer (como "maternal", "mujer-objeto", "bitch").

Recientemente, sin embargo, Deaux y otros (1985) han realizado diversos experimentos que cuestionan la aplicación sin más de la teoría de la categorización de Rosch sobre objetos naturales al terreno de los objetos sociales. Utilizando el número de atributos generado como criterio de la riqueza de una categoría, ninguno de sus estudios apoya la idea de que "hombre" y "mujer" sean conceptos ordenados a un nivel superior a subtipos más básicos, cuestionando de esta manera la validez del modelo jerárquico. Asimismo, correlaciones relativamente altas indicaban una sobreposición considerable entre muchos de los conceptos -lo que indica que no eran independientes entre sí. Además, las correlaciones entre categorías que presumiblemente estaban en el mismo nivel eran tan altas o más que las correlaciones entre categorías situadas a diferentes niveles. Por último, encontraron que los subtipos de hombre y mujer diferían en homogeneidad y en su parecido a las categorías más generales;

concretamente, apareció que las imágenes del hombre estaban centradas alrededor de un concepto singular, con poca capacidad y que tolera poca desviación; las imágenes de la mujer estaban mucho más fragmentadas. Deaux y cols. sugieren que estas divergencias pueden deberse a las diferencias existentes entre las categorías sociales y las categorías de objetos estudiadas por los psicólogos cognitivos.

Ashmore y otros (1986) resaltan tres puntos al revisar los análisis que han realizado sobre los subtipos de género psicoanalistas, historiadores, sociólogos, periodistas, etc.:

1. Los tipos distinguidos varían considerablemente en el grado de abstracción.
2. La mayor parte del trabajo ha versado sobre subtipos de mujeres.
3. Tres categorías resumen el significado subyacente a la mayoría de los subtipos de ambos sexos: "tradicional" (e.g. hombre trabajador, ama de casa), "no-tradicional" (e.g. mujer liberada, hombre moderno) y "sexual".

En relación con los subtipos de género derivados empíricamente, aunque los resultados son complicados, se pueden resumir así:

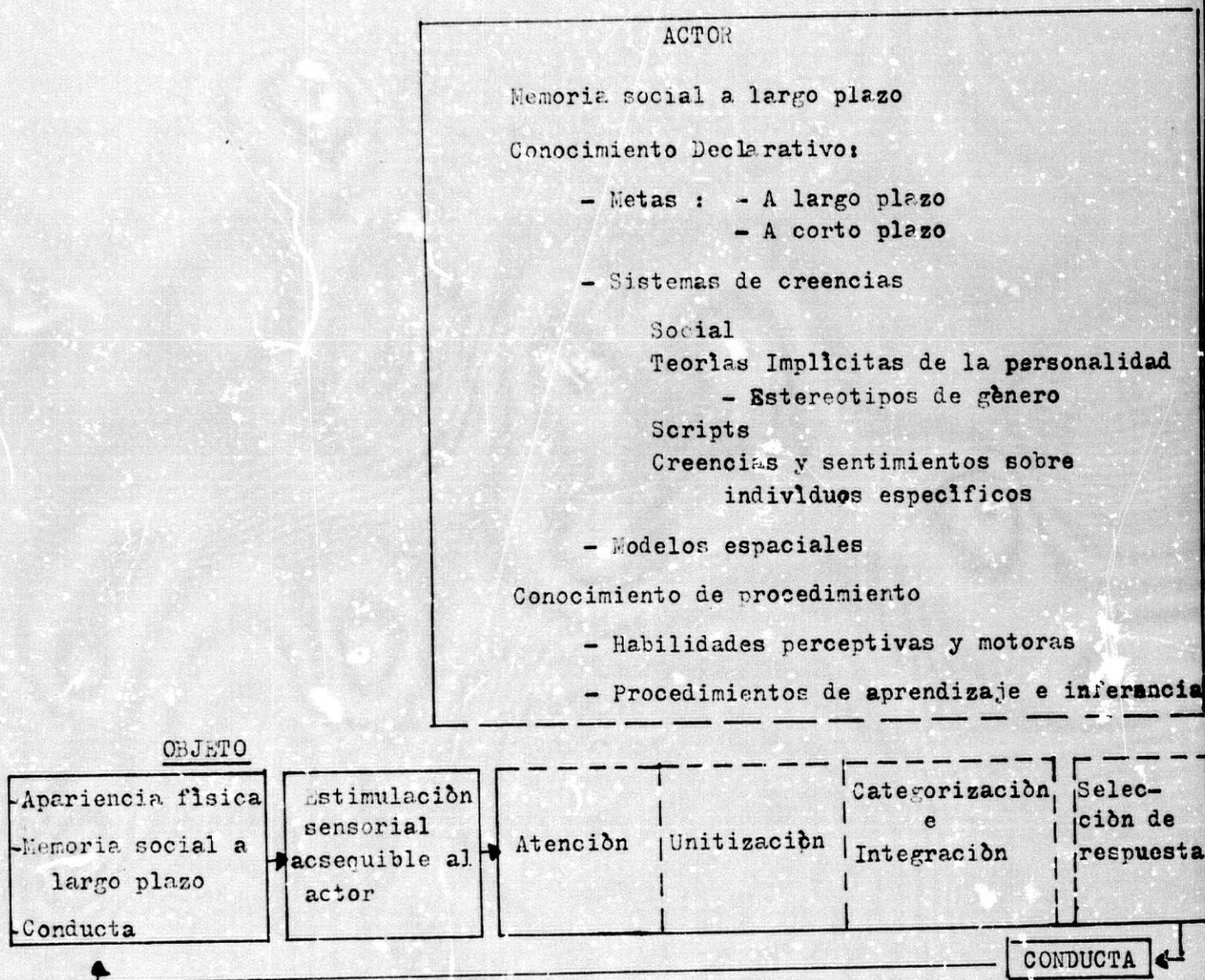
- Las mujeres distinguen, aparentemente, tipos de hombres en términos de 1) bueno-malo; 2) hombres que enfatizan las diferencias sexuales y hombres que no las enfatizan; 3) sexualidad.

- Los tipos de mujer se organizan según tres dimensiones: 1) tipos deseables-no deseables; 2) atractivas en general - no atractivas; 3) atractivas sexualmente -- no atractivas.

3. Los estereotipos sexuales y las Teorías Implícitas de la Personalidad

Ashmore y cols. (1986) han propuesto que los estereotipos de género deben ser considerados dentro de un marco cognitivo-psico-social que se centre en las actividades cognitivas de los individuos que se influyen recíprocamente en la interacción social. Dicho marco aparece expuesto en la figura 2.

Figura 2.a.-



En orden a la obtención de claridad en la presentación de dicho marco teórico -al igual que ocurre en el área de la cognición social- se distinguen dos partes perfectamente

a cómo los individuos se representan internamente la información o el conocimiento social. Las cuestiones relativas al proceso serán expuestas en el apartado siguiente.

Los estereotipos de género son parte de la memoria social a largo plazo. Concretamente, las concepciones estereotipadas de los sexos se conciben como parte de la TIP (Teoría Implícita de la Personalidad) de un individuo. Pero además, existen en la memoria social a largo plazo otros tipos de conocimiento que tienen que ver con las relaciones hombre-mujer. Este conocimiento está incluido, a menudo implícitamente, en los sistemas de creencias sociales, scripts, y pensamientos y sentimientos sobre individuos específicos. Aunque estos diversos tipos de conocimiento, incluidos los estereotipos, están interrelacionados, son realidades separadas. Pero veamos más detenidamente cada uno de estos componentes.

La memoria a largo plazo ha sido definida como "el almacén de nuestras habilidades y conocimientos más permanente" (Bower, 1975, p. 57). Generalmente se distinguen dos tipos de conocimiento dentro de ella:

1. Conocimiento declarativo ("conociendo el qué" o conjunto de cosas que uno toma como verdaderas y que a menudo pueden ser verbalizadas).

2. Conocimiento del procedimiento ("conociendo el cómo" o habilidades cognitivas que a menudo no pueden ser verbalizadas).

Ashmore et al. enfatizan el conocimiento declarativo porque los estereotipos de género se consideran parte del almacenaje que un individuo tiene de hechos (no necesariamente verídicos, sino concebidos por el perceptor como verdaderos).

El conocimiento declarativo consta a su vez de:

1. Modelos espaciales: conocimiento del individuo de los diversos espacios físicos.

2. Metas: aquello que el individuo valora y se esfuerza por conseguir. Pueden clasificarse de muchas maneras: valores instrumentales o terminales (Rokeach, 1973), a corto y a largo plazo, entre otras. Se supone que las metas son determinantes importantes de las ideas sobre los sexos pues influyen en los tipos de hombre y de mujer que se distinguen perceptivamente (e.g. un chico de 15 años cuya meta es

"ligar" puede distinguir de modo muy preciso entre chicas en un continuo de atractivo físico).

3. Sistemas de creencias. Existen otros términos -como "conocimiento" o "mundo de conocimiento"- así como otros tipos, pero Ashmore et al. seleccionan aquellos que guardan más relación con los estereotipos de género:

a) Ashmore y Del Boca redefinen los estereotipos de género en términos de las TIP como "conjuntos estructurados de relaciones inferenciales que unen los atributos personales a las categorías sociales mujer y hombre" (Ashmore y Del Boca, 1979, p. 225). Así "los estereotipos sexuales...son sólo un aspecto del esquema cognitivo global que un individuo tiene para hacerse una idea de las otras personas (esto es, un aspecto de la TIP de un individuo) (Ashmore, 1981, p. 40).

b) Sistemas sociales de creencias. Al igual que las TIP estos SSC pueden concebirse como esquemas: "grandes unidades complejas de conocimiento que organizan mucho de lo que conocemos sobre categorías generales de objetos, clases de sucesos y tipos de gente" (Anderson, 1980, p. 128). Mientras que los TIP se refieren a las personas los SSC se refieren a las creencias sobre entidades como la familia, la sociedad, la economía, etc., lo cual, evidentemente, puede implicar a los sexos.

c) Scripts (guiones). Son secuencias de acción esperadas en escenarios específicos. En palabras de Abelson (1976, p. 33): "una secuencia coherente de hechos esperados por un individuo, que lo implican a él bien como participante u observador" (e.g. si un hombre y una mujer se encuentran al pasar una puerta quién debe ceder el paso).

d) Creencias y sentimientos sobre hombres y mujeres específicos. Existen áreas de almacenaje separadas en la memoria a largo plazo para las categorías sociales hombre y mujer -y subtipos de género- y para hombres y mujeres específicos, por eso los estereotipos de género que posee un individuo pueden no concordar con sus ideas sobre hombres y mujeres específicos. No obstante, aunque separados, están interrelacionados: mujeres y hombres específicos pueden ocupar lugares prominentes en la representación cognitiva de las categorías sociales. Las creencias y sentimientos sobre hombres y mujeres específicos están probablemente organizadas en una diversidad de formas: temporalmente, grado de conocimiento, tono del sentimiento, categoría social y otras.

La conceptualización expuesta de los estereotipos de género lleva a Ashmore y cols. (1986) a proponer dos nuevas líneas de investigación: el desarrollo de métodos que permitan conocer los diversos tipos de conocimiento de género

contemplados en su modelo y la aplicación de los métodos de investigación utilizados en el área de percepción de personas al estudio de las creencias sobre hombres y mujeres. Es a esta segunda línea a la que ellos han prestado mayor atención, especialmente por su capacidad para liberar al estudio de los estereotipos de género de las limitaciones que le han impuesto el uso de la metodología tradicionalmente utilizada.

Rosenberg y Sedlack (1972) distinguían dos enfoques básicos en el estudio de las TIP: **inferencia de rasgos** -esto es, la construcción de inferencias por parte del perceptor a partir de pequeños conjuntos de información sobre el sujeto estímulo- y **la descripción de la personalidad** -esto es, la descripción de una persona específica. La ventaja de la aplicación de estas técnicas al estudio de los estereotipos de género estriba fundamentalmente en que para los sujetos no son medidas de los estereotipos de género con lo cual sus respuestas sufrirán menos distorsiones. Ashmore y cols. han aplicado ambos enfoques a su estudio.

La inferencia de rasgos fue utilizada en dos estudios (Del Boca y Ashmore, 1980b) que seguían el paradigma utilizado originalmente por Asch (1946) para el estudio de la formación de impresiones. En ambos experimentos a los sujetos se les pedía que hicieran inferencias acerca de la

personalidad de una persona estímulo hombre o mujer que era descrita por una pequeña lista de rasgos. Los resultados indican que existe una estrecha relación entre las categorías sociales "mujer" y "hombre" y su posición en un continuo que combina deseabilidad intelectual y potencia (o suave versus duro): los hombres son percibidos como prácticos y dominantes en el campo interpersonal y las mujeres como compasivas y sumisas. Además, encontraron que los estereotipos variaban en función del sexo de la persona participante y que los perceptores distinguían diferentes tipos de mujeres y hombres.

El enfoque de descripción de la personalidad fue utilizado por Ashmore y Tumia (1980). A un grupo de individuos se les pidió que describieran a personas conocidas por ellos utilizando 36 adjetivos. Se calcularon las puntuaciones de "distancia psicológica" entre cada par de rasgos (según su co-ocurrencia para describir a una misma persona), las cuales sirvieron como input para un análisis de escalamiento multidimensional. Los resultados mostraban la existencia de una configuración bi-dimensional, es decir, los adjetivos eran percibidos por los individuos fundamentalmente a lo largo de dos dimensiones: deseabilidad social y potencia. Después se les pidió a los sujetos que dijeran el sexo de cada persona descrita, en orden a determinar si los descriptores estaban asociados de forma consistente a uno u

otro sexo. Efectivamente, lo estaban: los hombres asociados a rasgos duros y las mujeres a suaves. Este resultado coincide con los obtenidos utilizando el procedimiento de inferencia de rasgos y fue replicado en otro estudio (Ashmore, 1981) donde se utilizó otra muestra y otro conjunto de adjetivos. Igualmente, aparecieron subtipos de hombres y mujeres en las respuestas de los sujetos.

V. EL PROCESO DE ESTEREOTIPIA SEXUAL

El proceso se refiere al funcionamiento de los estereotipos sexuales y comprende diversos tópicos interrelacionados: ¿Cómo se adquieren los estereotipos sexuales?, ¿cómo se utilizan por los individuos en la vida cotidiana?, ¿cómo cambian?

V.1. La adquisición de los estereotipos de género

Williams et al. (1975) distinguían seis tipos de "aprendizaje referentes al sexo": 1. habilidad para identificar el sexo de los demás; 2. habilidad para identificar el propio sexo -incluyendo también la constancia de género-; 3. identidad del rol sexual; 4. percepción de los propios padres -incluyendo sus conductas y sus características-; 5. habilidad para reconocer los juicios

infantiles y las actividades laborales adultas como ligadas al sexo; 6. creencias sobre las características de personalidad de los sexos. Todos estos "aprendizajes" son relevantes para la adquisición de los estereotipos sexuales, sin embargo, su revisión aquí excedería los propósitos de la presente investigación por lo cual remitimos al lector interesado a las revisiones efectuadas por Del Boca y Ashmore (1980a), Huston (1983) y Fagot (1982), entre otros.

La realidad es que aún se conoce poco acerca de cómo los niños aprenden los estereotipos de género. Sí se sabe a qué edades los niños poseen diversos conocimientos sobre el género, cómo los adultos que interactúan con niños-as tiene ideas diferentes sobre ellos y cómo los tratan de forma diferente, cuáles son las representaciones que sobre los sexos existen en determinada cultura -en los periódicos, televisión, libros de texto, etc. En cambio, aun quedan por responder importantes preguntas: 1. ¿Cuándo concretamente empieza este proceso de aprendizaje? 2. ¿Qué es lo que el niño-a aprende exactamente? 3. ¿Cómo se desaprenden los diversos componentes?

Las razones del escaso conocimiento existente respecta al cómo se aprenden los estereotipos sexuales, según Ashmore y cols. (1986) están de una parte en la dificultad de realizar este tipo de investigación -que requiere

fundamentalmente estudios longitudinales- y de otra en que muchos investigadores no estudian estos procesos porque creen de antemano conocer la respuesta: los estereotipos sexuales se aprenden a través del proceso de socialización.

V.2. El uso de los estereotipos sexuales en la vida cotidiana.

Se conoce con el nombre de estereotipia "la operación de los estereotipos en la percepción de personas y de hechos interpersonales (Ashmore y Del Boca, 1979, p. 235) o "Cómo y cuándo los estereotipos se aplican a la interacción social" (Taylor, 1981, p. 83). Existen diferentes líneas de investigación cuya aportación es pertinente con la estereotipia sexual.

A) La aproximación de Ashmore y colaboradores (1986)

Dichos autores han desarrollado un modelo cognitivo-social del proceso de estereotipación sexual, de marcado carácter interactivo y que se limita por cuestión meramente clarificadora a dos personas -un perceptor y una persona percibida- (ver figura núm. 2.a). Según ellos el proceso cognitivo implicado en la estereotipia consta de diversas etapas: atención, unitización, categorización e

integración y selección de respuesta; dichas etapas están interrelacionadas y pueden ocurrir de forma paralela. Una de las ventajas de su modelo es que incluye a la persona percibida en el proceso cognitivo, ya que ésta es un sujeto activo, que tiene sus propias metas y objetivos y que selecciona ciertos pensamientos, sentimientos y conductas con el fin de facilitar o dificultar la visión del perceptor; además, los perceptores rara vez se encuentran con estímulos débiles, caóticos o carentes de significado. No obstante, en el proceso de estereotipia como fenómeno cognitivo, el énfasis recae sobre el perceptor.

En primer lugar, los estereotipos sexuales afectan a la atención. La percepción es siempre selectiva (esta selección es precisamente la atención). Este fenómeno está influido tanto por factores relacionados con la persona percibida -la intensidad o cambio en el estímulo, como es el caso del "efecto solo" antes mencionado- como con factores relacionados con el perceptor -las expectativas y excitación; e.g. se sabe que la excitación fisiológica, como puede ser la excitación sexual en la relación hombre-mujer, tiende a reducir el campo de la atención-.

En segundo lugar está el proceso de unitización: el perceptor divide los estímulos en hechos significativos. Un

área en el cual es necesaria mayor investigación es precisamente estudiar cómo los diversos tipos de conocimiento influyen en la división de unidades significativas de la conducta e interacciones de hombre-mujer.

En tercer lugar ocurren los procesos que ellos denominan **categorización e integración**, que engloban un conjunto de actividades cognitivas bastante estudiadas como son:

- **Categorización:** identificar a un individuo como hombre o mujer o como miembro de un subtipo determinado de género.

- **Inferencia:** sobre la base de la pertenencia categorial de la persona percibida se extraen conclusiones acerca de cómo es.

- **Atribución:** utilizar la categorización sexual de la persona estímulo para explicar su conducta.

En último lugar ocurriría la **selección de respuesta**. Este paso es importante ya que, por ejemplo, el perceptor puede hacerse una imagen positiva de la persona percibida -según todos los procesos anteriormente citados- y puede tener la meta a corto plazo de querer conocer

mejor a esa persona, pero puede que sea incapaz de seleccionar la respuesta adecuada.

Ashmore y otros (1986) añaden dos puntos al referirse a los estereotipos sexuales en acción:

1. Los estereotipos de género no se aplican de forma simple a cada hombre y mujer con quien nos encontramos. Generalmente aparte del sexo de la persona percibida hay otra información adicional. Aún no está suficientemente estudiado cómo esta información interactúa con el sexo del sujeto. No obstante, según la evidencia disponible, pueden sugerirse algunos puntos:

a) Cuando mayor sea el grado de conocimiento que se tiene de la persona estímulo más probable es que nuestro conocimiento se estructure alrededor de la persona y que nuestros pensamientos y acciones se guíen más por la información personal que por la categorial (Ostrom et al., 1981).

b) El grado de interdependencia estructural entre el perceptor y el estímulo puede afectar a la estereotipia (Ashmore y Del Boca, 1976).

c) Relaciones de poder entre perceptor y persona estímulo (e.g. para la persona de bajo poder es más adaptativo ser un buen perceptor, McArthur y Baron, 1983).

d) El contexto, considerado, por ejemplo, como ratio sexual (Taylor, 1981) o en función del tipo de actividad que implique (e.g. formal-intimo) influye en la atención y en la formación de impresiones.

2. Desde hace muchos años se ha hablado del carácter de los estereotipos como "profecías que se cumplen a sí mismas". Está demostrado que las expectativas que una persona tiene pueden influir en sus conductas, de forma que los otros individuos se comporten de tal manera que se confirme la expectativa inicial.

B) El enfoque de Tajfel.

H. Tajfel considera que el estudio de los aspectos cognitivos de los estereotipos (como hacen Ashmore y cols.) es necesario pero no es suficiente para la comprensión del funcionamiento de los estereotipos y del uso que de ellos hacen los individuos en su vida cotidiana. Para él los estereotipos desempeñan diversas funciones que serán expuestas a continuación.

1. Funciones individuales.

1.a.- Función cognitiva.

Ya ha sido mencionada en diversas ocasiones a lo largo de este trabajo por lo que aquí será suscintamente resumida: los estereotipos surgen de un proceso de categorización; introducen simplicidad y orden donde hay complejidad y variación casi al azar. El proceso de categorización, al sistematizar o simplificar la complejidad de la información recibida del medio por parte del organismo humano sirve para lograr la adaptación cognitiva o comportamental del individuo.

Como señala Tajfel (1981), la categorización de cualquier aspecto del medio ambiente, físico o social, se basa en la adopción de ciertos criterios en orden a la división de una serie de items en grupos separados más o menos completos que difieren en función de estos criterios (u otros asociados) y se parecen unos a otros dentro de un mismo grupo sobre la base de los mismos criterios (u otros asociados): El "diferir" y el "parecerse" no tiene que basarse necesariamente en semejanzas o diferencias concretas fácilmente determinables.

Como el mismo Tajfel (1969) señala en otra parte, de las investigaciones realizadas en Psicología Social sobre el proceso de categorización social pueden derivarse tres afirmaciones empíricas:

1. Los rasgos o características personales pueden tratarse empíricamente como dimensiones (es decir, cuando digo que alguien es "sincero" o "inteligente" estoy realizando juicios comparativos y no afirmaciones absolutas).

2. A través de la experiencia cultural y personal, dimensiones como "inteligente", "perezoso" o "sincero" están asociadas subjetivamente con clasificaciones de la gente en grupos. De aquí se siguen directamente dos conclusiones: a) en muchas situaciones sociales que presentan notorias ambigüedades de interpretación siempre será más sencillo hallar indicios que apoyen las supuestas características de la categoría a la que pertenece un individuo que encontrar pruebas en contra; b) cuando nos enfrentamos a la necesidad de interpretar la conducta colectiva de los miembros de un grupo determinado, la adscripción de esa conducta a las supuestas características de clase será algo frecuente o con pocos costes.

3. Esta tercera afirmación se refiere a dos consecuencias de la tendencia a simplificar con el fin de resolver la situación: cuando una clasificación está correlacionada con una dimensión continua, habrá una tendencia a exagerar las diferencias en esa dimensión entre los items que pertenecen a clases distintas, y a minimizar estas diferencias dentro de cada una de las clases.

Resumiendo, existe una larga y acreditada tradición de trabajo en Psicología Social, que muestra que la formación y el uso de los estereotipos sociales no pueden ser entendidos adecuadamente sin un detallado y laborioso análisis de las funciones cognitivas a las que sirven. Debemos considerar ahora la segunda función "individual" de los estereotipos: el papel que juegan en la conservación del sistema de valores de un individuo.

1.b.- La función defensiva del sistema de valores individual.

Muchas de las categorizaciones que se aplican a los objetos del medio físico son neutras, en el sentido de que no están asociadas a preferencias por una u otra categoría (e.g. "los suecos son altos"). Sin embargo, a veces en el medio ambiente físico existen categorías dotadas de valor, lo que es mucho más frecuente en el caso

del medio social. Existen claras diferencias funcionales entre los procesos puramente cognitivos que se aplican a las categorías neutras y los procesos que se aplican a las categorías dotadas de valor social. Tajfel (1981) señala dos de estas diferencias:

1) En el caso de los juicios que se aplican al medio ambiente físico puede esperarse que los desplazamientos que llevan a respuestas erróneas, que son inadaptativas, serán eliminados rápidamente. La rapidez y exactitud de estas correcciones dependerá del grado de claridad de la información recibida después de haberse producido la respuesta. En el caso del medio ambiente social suele suceder que la información recibida es por lo general mucho más ambigua de interpretar y le faltan criterios de validez claros. Además, dada la naturaleza compartida de los estereotipos sociales es probable que los juicios hechos acerca de personas que pertenecen a un grupo o categoría social que están estereotipados de alguna manera, reciban, por definición, la retroalimentación positiva del consenso social general. Se necesitará menos información para confirmar estos juicios que en el caso de las categorías físicas, y considerablemente más para desestimarlas frente a lo que parece ajustarse.

2) En el caso de las categorizaciones sociales neutras (e.g. "los suecos son altos") la existencia de información que no confirme el estereotipo (e.g. "hay muchos suecos bajitos") suele llevar, sin más problemas, a la modificación del estereotipo. Sin embargo, cuando la categorización social en grupos está dotada de fuertes connotaciones de valor, la aceptación de ejemplos de signo negativo no puede hacerse sin más ya que amenaza o pone en peligro el sistema de valores en los que está basada la diferenciación entre grupos. Así, el mantenimiento de un sistema de categorías sociales adquiere una importancia que va más allá de la simple función de ordenamiento y sistematización del medio ambiente. Representa una fuerte protección del sistema de valores sociales existente.

Un ejemplo de esta función lo representa el resultado, amplia y reiteradamente encontrado, de la devaluación de la ejecución de la mujer. Es decir, una misma tarea o trabajo es infravalorado si los sujetos creen que es obra de una mujer en comparación a cuando creen que es obra de un hombre. El alto desempeño de una mujer competente puede considerarse como la no-confirmación de una categorización evaluativa. Sería de esperar que para aquellos individuos con actitudes, en relación con los estereotipos sexuales, más tradicionales, la categorización hombre-mujer estará dotada de mayores connotaciones de valor

que para los individuos más "liberales"; entonces, en aquellos el efecto de la categorización sobre sus juicios sería mayor. Además, si la no confirmación opera en otra dimensión estereotipada menos valorada que la competencia, sería de esperar efectos más débiles de la categorización sexual. Sin embargo, los resultados de las investigaciones en este área no son plenamente coincidentes (ver Huici, 1984). Una posible explicación de esta divergencia de resultados lo encuentra Carmen Huici (1984) en el hecho de que quizás sólo se dará discriminación respecto al otro grupo sexual cuando exista una conjunción del sistema de valores del individuo y su auto-estima, en la medida en que ésta esté vinculada y relacionada a ese sistema de valores. Es decir, para los hombres, el encontrarse a una mujer competente en un campo masculino no es amenazante porque suponga una no confirmación de una expectativa, sino porque implica una infravaloración del hombre.

2. Funciones "grupales" de los estereotipos sexuales.

Los estereotipos, según Tajfel (1981) sólo pueden llegar a ser sociales cuando son "compartidos" por gran número de personas dentro de grupos o entidades sociales, entendiéndose por compartir un proceso de difusión efectiva. Si nuestro interés se limita al análisis exclusivo de las funciones cognitivas de los estereotipos estamos

olvidando el estudio de las funciones que los estereotipos cumplen para el grupo social dentro del cual se difunden ampliamente.

El énfasis cognitivo, de gran predominancia en el panorama actual de la Psicología Social, se basa en dos supuestos. En primer lugar, se supone que el análisis de los procesos individuales, cognitivos o motivacionales, es necesario - y a menudo suficiente- para la comprensión de la mayor parte de la conducta y de las interacciones sociales. En segundo lugar se supone -en cierta manera como derivación de la primera- que tal análisis no precisa tener en cuenta teóricamente la interacción entre la conducta social y el contexto social.

Tales planteamientos individualistas han sido recientemente criticados por numerosos autores (ver Tajfel, 1981). Resumiendo estas críticas se puede decir que al olvidar el "contexto social" se olvida el hecho de que los estereotipos que son mantenidos en común por un gran número de personas, como es el caso de los estereotipos sexuales, proceden de, y son estructurados por, las relaciones entre los grandes grupos o entidades sociales. El funcionamiento y el uso de los estereotipos es el resultado de una íntima interacción entre esta estructuración contextual y el

papel de los mismos en la adaptación de los individuos a su medio ambiente social.

Tres han sido las principales funciones grupales asociadas a los estereotipos:

2.a. Explicación de la causalidad social. En primer lugar, los estereotipos sociales predominantes en una sociedad pueden ser utilizados para explicar el origen o causalidad de algún hecho social. Así ocurría, por ejemplo, en la Roma clásica, donde en los tiempos imperiales la mujer obtuvo un alto grado de emancipación, lo cual llevó a una fuerte reacción basada en considerar que ese hecho era la causa de una serie de males sociales, como el declive de la moral, la destrucción de la familia, o incluso la destrucción del imperio. No hay mucha diferencia entre estas ideas y algunas actuales relacionadas con las causas del divorcio, separaciones, abandono de hijos, etc...

En segundo lugar, el comportamiento de personas concretas puede ser explicado según los estereotipos sociales vigentes. Este es el caso del modelo desarrollado por Deaux (1976). Según ella las expectativas existentes respecto al comportamiento de un individuo -las cuales están moldeadas por los estereotipos- influyen en la atribución de causalidad, de tal manera que las conductas

coherentes con las expectativas son atribuidas a causas estables (como la habilidad) y las conductas incoherentes son atribuidas a causas inestables (como la suerte).

Esta teoría explicaría el resultado encontrado en ciertas investigaciones según el cual la buena ejecución para un actor varón es atribuida relativamente más a la habilidad -causa estable-, mientras que una buena ejecución a un actor mujer es atribuida más al esfuerzo o a la suerte -causa inestable-.

2.b. Justificación (Generalmente de acciones dirigidas hacia el otro sexo). Este es el caso de todas las ideologías justificativas del status de la mujer en la sociedad. Así, la idea ampliamente extendida de considerar los roles del hombre y de la mujer como iguales pero complementarios ha sido considerada como una forma sutil de ocultar las desigualdades y la discriminación (Bem y Bem, 1970). Esta función subyace a la formación de muchos estereotipos que los miembros de grupos de status superior tienen sobre otros grupos. Según Tajfel (1978), cuando aquellos empiezan a considerar las diferencias respecto a otros grupos como ilegítimas y en conflicto con su valores, se da una tendencia a la creación de ideologías justificativas. O'Leary (1974) ha apuntado la relación existente entre los estereotipos sexuales y la

justificación de los obstáculos a la promoción de la mujer en la industria. Según esta autora, existen por parte de los supervisores y directivos ideas ampliamente sostenidas, sin evidencia que las apoyen, en relación con las actitudes de la mujer hacia el trabajo que justifican su falta de promoción ("solo trabajan por dinero", "les interesan los aspectos socio-emocionales de sus tareas", "prefieren no implicarse en demandas intelectuales", etc...).

La estereotipación sexual puede relacionarse también con acciones específicas contra la mujer. Este puede ser el caso de las persecuciones de brujas en la Edad Media. Según Hunter (1976), la palabra "bruja" se identificó históricamente con el género femenino; había una relación entre la persecución de éstas y la imagen que los inquisidores, -generalmente clérigos célibes- tenían de la mujer como un ser mental y moralmente inferior y de insaciable carnalidad.

Otra serie de estudios han evidenciado también la relación existente entre los estereotipos sexuales y las actitudes relacionadas con la violación. Feild (1978) estudió dichas actitudes en diversos grupos de sujetos, encontrando que la gente que ve a la mujer de forma más tradicional es más probable que conciban a la violación como causada por una falta de la mujer, motivada por una

necesidad de sexo y que exigía un castigo rígido ya que se trataba del uso de una "propiedad" y porque una mujer violada es menos atractiva. Por otra parte, otras investigaciones han versado sobre las atribuciones de responsabilidad a las víctimas de la violación; la mayoría de ellas pueden considerarse dentro de lo que se denomina la "hipótesis del mundo justo", según la cual los individuos tienden a pensar que la gente obtiene lo que se merece en función de sus características personales y como consecuencia de su conducta. En su totalidad, los estudios concernientes a la violación indican que en cierta medida la justificación de una acción en contra de un miembro de una categoría social (mujer) no es una cuestión individual sino de prevalencia de los estereotipos que facilitan el acuerdo entre individuos justificándolos culturalmente (Huici, 1984).

2.c. La función de diferenciación de los estereotipos. Esta función hace referencia a que la gente utiliza los estereotipos sexuales para diferenciar su grupo de pertenencia de otros grupos -generalmente favoreciendo al propio grupo- Por qué ocurre esto ? Porque los individuos estamos interesados en tener una imagen positiva de nosotros mismos (identidad social positiva) y una de las maneras asequibles para conseguir este fin consiste en pertenecer a grupos que sean valorados socialmente.

Esta función de diferenciación tiene un carácter integrador pues establece un puente entre las funciones individuales y grupales de los estereotipos y porque las funciones de justificación y causalidad social pueden considerarse al servicio de esta función más general de preservar la diferenciación del propio grupo.

Un aspecto importante derivado de esta función es la necesidad de diagnosticar el grado de identificación de grupo de un individuo. Esta identificación no viene dada sólo por la extensión en la cual ese individuo se autodefine de acuerdo con los estereotipos sexuales, sino también por su autoconciencia de pertenencia grupal y las connotaciones emocionales ligadas a él.

CAPITULO III.- LOS EPISODIOS SOCIALES

I. INTRODUCCION

Los psicólogos y otros científicos sociales han estudiado con frecuencia las diversas formas de conducta social en el laboratorio o en otros escenarios controlados, lejos de las situaciones cotidianas en que tales conductas ocurren. Sin embargo, en los últimos años, se puede constatar un intento por "recontextualizar" el estudio de la conducta social en orden a conseguir una mejor comprensión de la naturaleza de numerosos determinantes situacionales de la conducta. Asimismo, en los últimos años se ha podido constatar un dramático cambio en Psicología Social desde la investigación orientada hacia las conductas a la investigación orientada hacia el estudio de los mecanismos cognitivos y representaciones internas que gobiernan la conducta social (Forgas, 1982, p. 60).

Gran parte de nuestra actividad social cotidiana está organizada, de forma rutinaria, en secuencias de interacción bien definidas. "Tomar café", "ir a clase", "ir al médico", "salir de compras", "irse de bares", etc. son etiquetas con un gran valor descriptivo acerca de las conductas a las que se refieren, especialmente para todas aquellas personas

insertas en un ambiente cultural determinado. Según la reciente evidencia disponible, el número de episodios sociales que constituye el repertorio interactivo de los individuos es bastante limitado, no sobrepasando la treintena (Forgas, 1979; Pervin, 1976). La forma en que percibimos y nos representamos cognitivamente estos episodios suministra información interesante acerca de nosotros como individuos y de los valores y costumbres de nuestro medio social.

La reciente investigación en Psicología Social Cognitiva también subraya la importancia que tienen en la regulación de los comportamientos sociales las representaciones cognitivas que poseen los actores sociales y las estrategias de procesamiento de la información que utilizan.

Según Triandis (1972), para poder funcionar positivamente en un medio social debemos poseer una representación cognitiva implícita de los episodios de interacción que pueden darse en ese medio. En años recientes ha aumentado el interés por las consecuencias del procesamiento informativo de tales representaciones. Conceptos como "scripts" (Abelson, 1980), "planes de acciones" (Miller et al., 1960), "prototipos" (Cantor et

al., 1982) o "esquemas de sucesos" (Lichtenstein y Brewer, 1980), tienen mucho en común con la noción de episodios sociales como objetos cognitivos.

El interés por las situaciones y episodios sociales tiene una larga historia en Psicología, Sociología y Psicología Social. Thomas y Znaniecki (1918) fueron unos de los primeros autores cuya aportación fue significativa en relación al tema que nos ocupa con su "definición de la situación" que explica cómo los individuos creativos y comprensivos llegan a comprender e interpretar la realidad social que le rodea y en última instancia responder a ella.

Es Lewin (1936) el primero que elabora un modelo comprensivo de la conducta humana en el que las variables situacionales ocupan un lugar central. Para él:

- La conducta es función de la persona y del medio.

-- Es el medio ambiente psicológico, subjetivo, el que determina la conducta.

- La situación o campo fenomenológico es concebida de forma holística, pues no se puede separar la percepción

que el actor tiene de la situación, incluyendo su propio rol, de la función que desempeña dentro de ella.

Es, no obstante, Murray (1951) el autor que más enfatiza la relación persona-situación: "la conducta de un individuo no puede formularse sin una caracterización de cada situación confrontada, física y social...el organismo y su medio deben considerarse juntos.." (1938, pp. 39-40).

En la esfera sociológica se pueden delimitar tres corrientes microsociológicas, relativamente recientes, interesadas en el estudio de las situaciones.

1) El enfoque fenomenológico. Un concepto fundamental para Schutz, uno de los principales representantes de este enfoque, (1970) es el de "life-world" que designa todas las experiencias cotidianas, acciones y motivaciones, a través de las cuales el individuo se relaciona con su medio ambiente. De especial importancia son los aspectos cognitivos del "life-world", que sirven de mediadores entre la esfera de la experiencia humana directa o primaria y las esferas social y cultural. Pero quizás la principal contribución de Schutz fuera la de elucidar los principios motivacionales e intenciones que pueden influenciar el proceso de definición de la situación, poniendo el énfasis

en la dimensión subjetiva e individual aunque no desdeñe la dimensión cultural. Para él los episodios sociales son tipificaciones de formas prescritas de interacción, que forman parte de los "life-world" de los individuos de una cultura determinada. Esos "life-worlds", por otra parte, contribuyen a la definición que un individuo concreto hace de manera única, biográfica, de un episodio, según sus motivaciones.

2) El modelo dramático. Este modelo, que tiene como figura principal a Goffman (1963), constituye uno de los enfoques microsociológicos actuales que ha contribuido a renovar el interés en Psicología social por los episodios. Goffman concibe a los episodios como representaciones dramáticas, en los cuales el actor se autodirige conscientemente, intentando descubrir el guión y las directrices para una puesta en escena adecuada. Más que fijarse en cómo los individuos construyen el episodio, su interés se dirige a las prescripciones (rules) sutiles, o no tan sutiles, que definen y construyen los episodios sociales.

3) La Etnometodología. Garfinkel (1967) quizás sea el autor que posee una concepción más extremadamente situacional de la conducta social, resitiéndose a admitir la constancia transituacional de significados. Para él el logro de

comunicación e interacción es siempre problemática, limitado por las convenciones situacionales. Su objeto de estudio lo constituye fundamentalmente el desempeño de un individuo en un episodio.

Sin embargo, el estudio empírico y cuantitativo de estos episodios es algo relativamente reciente dentro de la Psicología Social, creemos que debido, fundamentalmente, a la falta de métodos empíricos aceptables para llevar a cabo tales estudios.

Nuestro propósito aquí es exponer una panorámica general de los estudios sobre episodios sociales, así como centrarnos más detenidamente en aquella aproximación al tema de los episodios -la estrategia perceptual- que a nuestro juicio permite una aproximación más rigurosa y actual.

II. DEFINICION DE SITUACION Y DE EPISODIO SOCIAL

II.1. Otros conceptos afines.

Durante muchos años los investigadores han combinado elementos situacionales y ambientales en modelos sobre la conducta social, uno de cuyos resultados ha sido el gran

número de definiciones, clasificaciones y conceptualizaciones existentes sobre la "situación". Aunque se han hecho algunos intentos por llegar a una definición común, ésta aún no existe.

La situación, en sentido psicológico, puede describirse o conceptualizarse de diferentes formas, desde concepciones fuertemente microsociales hasta otras donde predomina el aspecto macrosocial. Magnusson (1978) ha sugerido cinco niveles en la definición de situación:

1. **Estímulos.** Son objetos o actos singulares. Este concepto tiene numerosos problemas conceptuales y definicionales, de larga historia en Psicología. Pervin (1978) ha señalado tres problemas fundamentales relacionados con el concepto de estímulo: 1) si un estímulo puede definirse independientemente del perceptor; 2) si se puede distinguir entre estímulos reales y potenciales; 3) si los estímulos motivan al organismo de manera global o más bien provocan solamente respuestas específicas.

2. **Episodio.** En este concepto nos extenderemos más adelante. Fueron Watson y Potter (1962), probablemente, los primeros en utilizar el término para describir los diferentes hechos que ocurrían en una fiesta. Argyle (1979) los concibe

como hechos específicos con significado que pueden ser delimitados como unidades separadas de observación en términos de causa y efecto. Harré y Secord (1972) definen el episodio como "cualquier secuencia de hechos...que tiene algún principio de unidad" (p. 154).

3. **Situaciones.** Son marcos de referencia físicos, temporales y psicológicos que vienen determinados por las condiciones externas en una ocasión específica. Magnusson (1978) piensa que los estímulos y episodios adquieren significado en un marco de referencia, que es precisamente la situación tal y como es percibida e interpretada por los actores. Existe una distinción importante entre la situación subjetiva tal y como es percibida por los participantes y la situación objetiva definida por las características sociales y físicas provenientes de las descripciones de observadores.

4. **Escenarios.** Son marcos de referencia generalizados que vienen determinados para ciertos tipos de situaciones, pero sin las especificaciones de una ocasión determinada.

5. **Ambientes.** Son las variables físicas y sociales que la gente encuentra en el mundo exterior, dentro de las cuales transcurre su vida cotidiana.

II.2. Definiciones de situación y episodio social.

En lo que respecta a las definiciones concretas de "situación" hemos de decir que éstas son numerosas. En general, todas ellas se sitúan cerca de uno de estos dos polos: a) "La situación se describe porque implica un lugar específico y en la mayoría de los casos también implica gente, un tiempo y actividades específicas" (Pervin, 1978). Se trata de una definición que enfatiza las características objetivas de las situaciones; b) La situación es descrita como las representaciones cognitivas de secuencias de interacción estereotípicas (Forgas, 1978a), con lo que se enfatiza el aspecto subjetivo de las situaciones.

Magnusson (1978) distingue entre el contenido y la estructura de las situaciones. Las propiedades estructurales incluyen el grado en el que la situación promueve o restringe ciertas conductas, la ambigüedad de las situaciones respecto a qué conductas son apropiadas y el aspecto físico de la situación. El contenido de las situaciones incluye las metas, reglas, roles, conceptos, piezas y temas (Argyle, 1979) así como variables motivacionales (necesidades, motivos, deseos, etc.), expectativas o anticipación de resultados, el control

percibido sobre el manejo efectivo y satisfactorio de las situaciones y el tono afectivo de éstas.

En el plano empírico, Magnusson sugiere la existencia de tres enfoques posibles en el análisis de las situaciones: 1. la percepción de la situación; 2. variables motivacionales mediatizadoras; y 3. respuestas a las situaciones.

El término "episodio", por su parte, se usa en muchas áreas de las ciencias sociales. El denominador común de todos sus diferentes usos es que siempre se refiere a unidades de interacción social. Existen, por otra parte, otros términos que se utilizan con un significado similar: situación, encuentro, etc.,

El término "episodio" ha sido utilizado con diversos significados. Para Argyle (1976), por ejemplo, son unidades pequeñas que forman parte de situaciones sociales complejas (e.g. una fiesta sería una situación, y la recepción, despedida, cena, tertulia, etc., serían episodios).

Para Harré y Secord (1972) son secuencias de interacción estereotipadas, orientadas hacia metas y con un significado cultural determinado. Concretamente, definen

los episodios como "cualquier parte de la vida humana que implica a una o más personas y en la que puede determinarse alguna estructura interna" (1972, 153). Una definición operacional de episodio, en este sentido, sería definirlo como un conjunto de normas que especifican las conductas esperadas y apropiadas que pueden ser legítimamente ejecutadas en ese episodio.

Nosotros, al igual que hace Forgas (1979), no distinguiremos entre episodios y situaciones. Ambos serán considerados como unidades de interacción social, con límites temporales y físicos a veces, y con un esquema culturalmente conocido y aceptado de conductas apropiadas. En ese sentido nos situamos cerca de la concepción de la situación del Interaccionismo Simbólico, para el cual ésta no es simplemente un objeto cultural, sino también cognitivo. Asimismo, nuestra concepción de episodio nos sitúa cerca de los intereses de la Psicología Social empírica, ya que al enfatizar la percepción y representación cognitiva de los episodios sociales posibilitamos su estudio al igual que se estudian otros objetos sociales.

Específicamente, definimos los episodios sociales

"... como representaciones cognitivas de secuencias de interacción estereotípicas que son representativas de un medio cultural dado. Tales secuencias de interacción constituyen unidades naturales en la corriente de la conducta distinguibles según límites simbólicos, temporales y, a menudo, físicos. Más importante, sin embargo, es que hay una representación compartida, consensual, en esa cultura dada sobre qué constituye un episodio, y cuáles son las normas, reglas y expectativas aplicables" (Forgas, 1979, p. 15).

III. RAZONES QUE JUSTIFICAN EL INTERES POR EL ESTUDIO DE LOS EPISODIOS SOCIALES

Estas razones pueden sintetizarse en cuatro puntos:

1. Su contribución a la confluencia de las tradiciones "psicológica" y "sociológica" en Psicología Social. La corriente más psicológica ha tendido a explicar la conducta social en términos de las características del individuo mientras que la tradición más sociológica ha puesto el énfasis en cómo las fuerzas sociales, externas, influyen en la conducta social.

A juicio de Forgas (1979) el estudio de los episodios sociales puede ayudar, en gran medida, a esa confluencia, ya que éstos son:

a) por una parte, unidades sociales claramente establecidas, y rutinas sociales que existen en un medio determinado; en este sentido son situacionales, externos al individuo;

b) pero por otra parte, son predictores de la conducta sólo en la medida en que los individuos son conscientes de ellos.

2. El estudio de los episodios sociales puede ayudar a dar validez externa a muchos estudios en Psicología Social. Dentro de esta disciplina se ha ido produciendo el reconocimiento de que muchos estudios de laboratorio, sobre todo en el área de conducta social y percepción, carecen de validez externa por ignorar la situación en que tales fenómenos acontecen. La aceptación de que el propio experimento de laboratorio es un episodio como muchos otros, con sus propias normas y requerimientos (Rosenthal, 1966), hace necesario considerar la definición cultural de los episodios como elementos impescincibles para asegurar la validez externa de los experimentos.

3. Los episodios permiten el estudio de unidades naturales de conducta social. A juicio de Forgas (1979) este estudio permite el desarrollo de la génesis de hipótesis, fase que con frecuencia es descuidada por los psicólogos sociales. Según él la "descripción" de la realidad es una etapa importante de la investigación y su olvido puede llevar con frecuencia a centrarse en hechos más limitados y no representativos.

4. El estudio de los episodios puede ayudarnos a comprender nuestra vida cotidiana. Muchas investigaciones realizadas en Psicología Social, en su empeño por controlar un número limitado de variables, han sido incapaces de abordar el estudio de la vida cotidiana de los individuos en toda su complejidad y riqueza. En este sentido, el estudio de los episodios sociales puede ayudarnos en el conocimiento de las regularidades en rutinas de interacción complejas.

IV. METODOS PARA EL ESTUDIO DE LOS EPISODIOS SOCIALES

Las cuatro estrategias de investigación que veremos a continuación no son las únicas que se aplican al estudio de los episodios sociales, pero si son las más destacadas.

Difieren entre sí en aquellos puntos que enfatizan así como en las técnicas de investigación que suelen utilizar, lo cual es bastante comprensible, ya que cada una de ellas proviene de una tradición teórica distinta y ha sido diseñada para responder a preguntas diferentes. Por otra parte, no podemos hablar de que exista una división tajante entre ellas, sino que debemos considerarlas más bien como complementarias de cara a la consecución de una comprensión adecuada de los episodios sociales.

IV.1. La estrategia ecológica

Esta estrategia, cuyos orígenes están en los métodos de la antropología y la etología, pretende la descripción de situaciones que ocurren con frecuencia, constituyendo unidades naturales en la corriente de la conducta. Su objetivo principal suele ser el desarrollo de una taxonomía detallada de esas situaciones dentro de una institución, una comunidad, o de la vida de una persona determinada.

Esta estrategia tiene una sólida tradición, independientemente del estudio de los episodios sociales. El principal autor que consideraremos aquí es Barker (1968; Barker y Wright, 1955; Barker y Schoggen, 1973), dado que es quien más aportaciones ha hecho en el campo de la

metodología. El principal objetivo de su programa de investigación es el desarrollo de conceptos y métodos que puedan aplicarse al estudio del medio ambiente ecológico de la conducta humana molar.

La metodología utilizada por Barker es, básicamente, una fusión de tres estrategias:

a) Los análisis microsociológicos basados en la intensiva observación participante de las más pequeñas unidades sociales.

b) Los análisis descriptivos abiertos de patrones de conducta ejecutados en escenas específicas (muy usados en Antropología Social); aunque las descripciones que le interesan a Barker incluyen no sólo las de conductas observables sino también la inferencia de los sentimientos y cogniciones que la gente tiene de esas escenas.

c) De la Teoría de Campo de Lewin toma la concepción de que los medios ambientes conductuales, o escenas, son elementos que forman parte del "espacio vital" de los individuos, y que influyen en la conducta social en virtud de su función en el terreno psicológico de los actores.

Es interesante su formulación de los "escenarios de conducta", que son patrones permanentes de conducta que están consistentemente relacionados con medios ambientes físicos específicos. Poseen muchas propiedades identificables, como la localización geográfica, temporal, patrones de acción, tiempo de duración, etc.) El estudio de los "escenarios de conducta" es uno de los primeros intentos de estudiar los patrones culturales de la conducta social que ocurren naturalmente, utilizando para ello métodos empíricos. Las técnicas que utilizan no son nuevas y básicamente consisten en las estrategias de escalamiento. Un paso previo en sus estudios lo constituye la construcción de un listado de todas las escenas de conducta posibles en una comunidad dada. La fuerza de esta estrategia, al igual que su debilidad, está en su metodología. Esta ha producido descripciones detalladas, comprensivas y significativas, y la reactividad psicológica provocada en los sujetos ha sido mínima. Entre sus limitaciones podemos señalar las siguientes:

- La mayoría de los datos se basan en juicios o clasificaciones basados en escalas creadas a priori por el investigador.

- Está el problema de la "unitización": ¿Qué constituye exactamente una unidad de "escenario de conducta."?

- Su énfasis cuantitativo deja fuera valiosos elementos de la conducta social natural.

- Tiende a olvidar los procesos cognitivos y afectivos de las personas en los escenarios de conducta.

- Es absolutamente descriptivo.

Un autor más reciente cuya afinidad metodológica con Barker es clara, es Price (1974). Aunque la metodología de Price confía también en las técnicas de clasificación, él no busca tanto un registro total de todas las escenas de conducta que existen en un medio dado sino que estudia una selección de esas escenas y de las conductas que pueden ocurrir en esas situaciones.

IV.2. Estrategias estructuralistas

El estructuralismo ha influido de manera considerable en las ciencias sociales, fundamentalmente a través de

lingüistas como Chomsky y de la antropología social (Levi-Strause).

El enfoque estructural afirma que los movimientos sociales, actos y episodios sociales están organizados en una estructura jerárquica, existiendo, al mismo tiempo, una gramática o sintaxis de la conducta social. De esta manera, las propiedades y características de las unidades que componen la conducta social vienen definidas por su posición en la estructura de sucesos.

La interacción social puede verse, desde esta perspectiva, como una serie altamente estructurada de comunicaciones verbales y no verbales. La tarea de la Psicología Social sería descubrir la superficie y la estructura subyacente de la cadena comunicativa, así como la formulación de reglas, intentando llegar al sistema de reglas ("rules") o gramática que describe esa interacción.

Existen, sin embargo, dentro de esta perspectiva, importantes problemas metodológicos:

1. El problema de la "unitización" ¿Qué conductas son las unidades básicas de un episodio? Existen dos soluciones adoptadas habitualmente:

a) Aquellos investigadores que están interesados en el descubrimiento de las propiedades estructurales de los aspectos lingüísticos de la conducta social, estudian sólo los episodios sociales conversacionales y confían en las unidades lingüísticas (acto de habla, "movimiento").

b) Otros investigadores buscan la determinación empírica de las unidades de conducta en la medida en que son consensualmente percibidas por los jueces como constitutivas de un acto significante.

2. Una vez superado el primer problema nos encontramos con la dificultad de establecer las reglas que regulan la corriente de conducta, es decir, de encontrar la gramática. Caben dos estrategias:

a) La utilizada por Chomsky, en la que se confía en la construcción de modelos abstractos y elaborados de sistemas de reglas que serían las generadoras de sentencias. Se trata, obviamente, de un mecanismo de arriba hacia abajo. Esta estrategia descansa en el supuesto de que la conducta humana no está gobernada por leyes naturales, sino que la fuente de regularidad en la conducta social se basa en las convenciones, reglas o gramáticas. A nivel metodológico

suelen utilizar la simulación en computador, modelos simbólicos - matemáticos o lógicos, etc.

b) La estrategia inductiva. Consiste en la recolección de datos puros que después se analizan para explicar y cuantificar las regularidades subyacentes. El objetivo de esta estrategia sería la construcción de algún tipo de esquema jerárquico de agrupamiento, el cual indicaría la alternativa posible en cada paso de la interacción, así como una estimación cuantitativa de la probabilidad de ocurrencia de cada alternativa. Esta estrategia ha sido muy utilizada por los etólogos.

Argyle y cols. (1981) han utilizado esta estrategia, sugiriendo una analogía con el modelo de juegos (Avedon, 1971). Según ellos, si una persona pudiera describir a otra persona de manera satisfactoria los principales elementos de un juego, de tal manera que ésta lo comprendiera y pudiera participar en él, aquella estaría adoptando un enfoque estructural, pues tendría que describir la meta u objetivos de cada jugador, las reglas, el significado de ciertos conceptos específicos del juego, la ventaja de ciertas habilidades, etc. No obstante, los autores reconocen que esta analogía no es aplicable a todas las situaciones.

Entre los principales problemas de este enfoque podemos señalar: 1) El número y tipo de componentes situacionales seleccionados para la investigación es, en cierto modo, arbitrario; 2) El enfoque ha fracasado en el intento de explorar más de uno o dos elementos a la vez.

IV.4. El enfoque de las reglas - roles.

Este enfoque posee ciertas similitudes con el enfoque estructuralista, pues ambos buscan fundamentalmente descubrir las convenciones y regularidades que gobiernan la conducta social dentro de los episodios sociales. Se diferencian en los métodos que emplean. Los investigadores estructuralistas confían en el modelo de edificación y evaluación, o inducción (el conocimiento de las reglas por el actor sólo se estudia indirectamente). En el enfoque de la regla-rol se confía en el testimonio directo de los actores sobre su conocimiento de las convenciones que regulan la conducta.

Las reglas y roles se refieren a las regularidades en la conducta que son esperadas y a menudo sancionadas, vistas desde la perspectiva del individuo o del grupo. Específicamente, las "reglas" son conductas que se esperan

de los ocupantes de categorías sociales, en situaciones específicas. Los "roles", a su vez, son colecciones de reglas que regulan la conducta de una categoría específica de individuos.

Este enfoque, aunque con nombre distinto, tiene una antigua tradición en Psicología Social, si bien con algunas diferencias: antes se tendía a enfatizar el aspecto de las normas sociales como constructos extra-individuales, mientras que el nuevo enfoque de regla-rol concibe las reglas como expectativas subjetivas, percibidas, que acontecen en el campo fenomenológico del individuo.

La metodología básica que se emplea en este enfoque puede resumirse en el dicho de Allport: "Por qué no preguntárselo a ellos". Según Harré y Secord (1972), importantes representantes de esta corriente, los métodos dominantes en Psicología fracasan al intentar establecer los mecanismos causales de la conducta social, porque se adhieren a un concepto superado de causalidad, a un modelo mecanicista de hombre y a una confianza rígida en la metodología positivista. Pero, según ellos, la gente se comporta en la manera que lo hace no reaccionando a causas externas, sino en base a los significados que asignan a las situaciones y a los roles y convenciones subsiguientes.

La metodología que se emplea no se dirige a medir con seguridad el fenómeno, sino a la precisión de significado de los relatos escogidos. Es una metodología enraizada en la sociología cultural, interpretativa. Es incuantificable, descriptiva más que explicativa.

Tres principales problemas tiene esta estrategia: 1) La gente, a menudo no quiere o no puede dar una descripción fidedigna de sus propias observaciones, ideas y conductas, debido a déficits de memoria o de lenguaje, deseabilidad social, errores acribucionales, etc.; 2) No se dispone de un método para seleccionar, recopilar o comprobar los relatos, con lo cual ellos pueden representar los sesgos o intuiciones del experimentador más que la visión de los sujetos; 3) Esta técnica es retrospectiva y específica para un episodio.

El enfoque que vamos a adoptar en nuestro estudio sobre los episodios sociales (el empleado por Forgas) está de acuerdo con esta teoría, pero no con su metodología. Nosotros consideramos que los episodios se pueden estudiar de manera objetiva, cuantitativamente.

IV.4. La estrategia perceptual

Ha sido el enfoque dominante en el estudio de los episodios sociales y por tanto es del que existen más estudios. El denominador común a todos ellos es que consideran que los episodios sociales pueden ser contruídos como "objetos mentales", cognitivamente mediatizados. De ahí que la percepción de episodios pueda estudiarse igual que la percepción de otros objetos sociales (en sentido estricto aquí estamos utilizando el término "percepción" para referirnos a representación cognitiva).

La estrategia de investigación típica en el estudio de la percepción de episodios sociales sigue las siguientes etapas:

1. Muestreo y selección de episodios

El tipo de muestreo depende del objetivo del estudio. Puede ser, fundamentalmente, de dos tipos:

- a) Taxonómico-descriptivo. Busca establecer la relación percibida entre un conjunto de episodios sociales que no han sido estudiados previamente de manera empírica. Los episodios estudiados han de ser ampliamente representativos de los

patrones de interacción normal de los sujetos y
característicos de su medio cultural.

b) Diagnóstico de las diferencias percibidas entre
episodios representativos de una subcategoría del medio
subcultural; episodios que tiene un interés a priori para
el investigador.

Para obtener una muestra representativa de episodios
hay que confiar en los autoinformes de los sujetos, ya
que su conocimiento es más certero que el del investigador.
El grado de acuerdo entre sujetos sobre lo que constituye un
episodio indica la saliencia cultural de ese episodio.

Las técnicas que suelen utilizar varían desde la
observación participante (que se usa generalmente en
ambientes conocidos) hasta las pruebas de papel y lápiz
(generalmente los sujetos hacen una especie de diario sobre
el tiempo, lugar, participantes, escenario, objetivos,
dificultades, sentimientos de los sujetos, interpretación
y evaluación del episodio, clasificación de éste sobre
adjetivos, etc.)

Esta fase es esencial en cualquier investigación.

2. Tarea de juicio

En esta fase se trata de la obtención de algún dato cuantificable indicativo de las diferencias percibidas entre los episodios muestreados. La tarea depende básicamente del procedimiento analítico que se vaya a utilizar. Existen dos tipos principales de tareas de juicio:

a) Uso de escalas o dimensiones previamente seleccionadas. En este caso suele usarse el análisis factorial. Casi siempre se da a los sujetos una selección de escalas bipolares (tipo diferencial semántico) que han de ser relevantes y significativas para los sujetos y que pueden construirse con adjetivos recogidos en un estudio piloto.

b) Tareas no estructuradas. Suele usarse el escalamiento multidimensional. Su principal ventaja consiste en que no requiere que los sujetos hagan juicios basándose en escalas preseleccionadas. Si se opta por este tipo de tarea es suficiente con la obtención de alguna medida de distancia o similitud psicológica entre los elementos que han de escalarse.

Existen diversos procedimientos para obtener puntuaciones de distancia psicológica entre los elementos

perceptivos (esa distancia puede entenderse bien como similaridad bien como co-ocurrencia):

1. Clasificaciones directas de similaridad. Es el método más simple, ya que consiste en la utilización de una escala numérica predeterminada sobre la cual hay que ir puntuando a los estímulos. Estos pueden presentarse por pares (haciendo una lista de todas las combinaciones posibles) o en matrices. Generalmente se usa este método cuando los estímulos son fácilmente representables y tangibles y es razonable suponer que los sujetos son capaces de hacer juicios de similaridad en una escala intervalo.

2. Técnica de los agrupamientos múltiples. En este caso los sujetos tienen que hacer grupos con los estímulos en función de su similaridad percibida, asociación, contigüidad o cualquier otro criterio considerado relevante. Este método es el más apropiado cuando los estímulos son muy complejos y abstractos. Tiene la desventaja de que sólo se obtiene datos categoriales para cada individuo aunque es posible construir "grupos" de similaridades. Su ventaja consiste en que se consigue una representación clara, no ambigua, de los estímulos y para ello requiere sólo una respuesta simple y tangible de los sujetos.

3. Medidas de similitud derivadas de juicios sobre escalas objetivas (e.g. bipolares o tipo Likert). Dentro de este procedimiento existen dos fases claramente definidas:

- La clasificación de todos los estímulos en las escalas (que se supone están relacionadas con las dimensiones cognitivas subyacentes al espacio de los estímulos).

- La obtención de las fórmulas de distancia de perfil, para lo cual se extraen las medidas de similitud agregando los juicios sobre escalas o sobre individuos.

2. Análisis

Al igual que todo análisis, la finalidad de esta fase consiste en la reducción de la complejidad de los datos o juicios originales. Se puede hacer de tres formas, dependiendo la elección del método de si se asume que el espacio perceptual de los episodios sociales es categorial (grupos de estímulos enracimados) o dimensional (diferencias en la percepción de los diferentes episodios medibles en una escala intervalo):

1. Análisis factorial, que pretende la extracción de comunales en los episodios estudiados. En este método tiene una gran importancia la intuición y las soluciones suelen ser categoriales más que dimensionales (dentro de un racimo no suelen considerarse diferencias dimensionales).

2. Análisis de "cluster" o de conglomerados, que puede dar una imagen clara y una representación concisa de la relación percibida entre un grupo de episodios. Este método suele usarse en combinación con el siguiente, ya que ayuda a su interpretación.

3. MDS (escalamiento multidimensional). Busca explicar las dimensiones cognitivas implícitas en los juicios de similitud. A nuestro juicio es el mejor método, ya que no impone ningún tipo de limitación en la recogida de datos y los resultados son fáciles de interpretar objetivamente.

4. Interpretación

Es la última fase y quizás la más importante. Se trata de la obtención de conocimiento sustantivo mirando la estructura de las percepciones de los episodios. Si en la fase anterior la técnica utilizada ha sido el análisis

factorial o de cluster, la interpretación suele hacerse de manera intuitiva. Si la técnica utilizada ha sido MDS la interpretación es más fiable: consiste en la identificación de las dimensiones estímulo que definen el espacio perceptual para los episodios; esto puede hacerse:

a) intuitivamente (identificando los episodios sociales de los extremos de una dimensión particular y etiquetando la dimensión de acuerdo a ellos);

b) empíricamente (mediante el análisis de regresión).

5. Prueba de hipótesis

Frecuentemente al análisis factorial o al MDS se les acusa de tener poco valor, a no ser que las variables por ellos identificadas se usen en posteriores estudios experimentales. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que la simplificación de estímulos complejos es una consecución importante en sí misma que ayuda a la creatividad y a la génesis de hipótesis.

Sin embargo, técnicas como el MDS se usan también para probar hipótesis, por ejemplo, sobre la estructura interna de los episodios sociales, o sobre las diferencias

esperadas entre grupos o conglomerados de episodios y grupos o conglomerados de jueces. Se pueden realizar cuasi-experimentos con los episodios sociales, seleccionando la muestra de estímulos que van a ser juzgados de tal forma que represente la manipulación de alguna variable independiente.

No obstante, se han hecho pocas investigaciones donde se prueben hipótesis. Lo que más se ha hecho con MDS es descubrir las estructuras internas de los episodios sociales.

Las principales críticas que se le han hecho a esta estrategia son las siguientes: a) hay que asegurarse de que los estímulos y las escalas de clasificación sean las apropiadas -lo cual suele conseguirse efectuando un estudio piloto-; b) este enfoque hace buenas descripciones de las diferencias entre situaciones, pero no nos dice mucho acerca de la dinámica de las situaciones sociales; c) las dimensiones que emergen pueden ser diferentes según el tipo de preguntas que se hayan hecho.

Cuadro 3.1.- Estrategias fundamentales utilizadas en el estudio de los episodios sociales.

	ECOLOGICA	PERCEPTUAL	ESTRUCTURAL	ROLES-RULES
<u>Unidad de estudio</u>	Episodio global	Episodio global	Secuencias de conducta dentro de un episodio	Roles y norma dentro del episodio
<u>Objetivo</u>	Taxonomía ecológica de las escenas de interacción	Taxonomía perceptual de Ep. de interacción y estudio de vbs. que afectan percepción del episodio	Construc. del sistema de roles o gramática, generadores de las secuencias de conducta	Descripción de los roles y roles específicos de conductas
<u>Métodos</u>	- Observación - Estadística descriptiva	- Observación, entrevista o cuestionarios - Análisis dimensional o categorial del episodio seguido de evaluación crítica de las hipótesis	- Observación, seguida de construc. inductiva de modelo - Construc. de modelos hipotéticos (simulación) seguidos por deducción y comprobación vía observación	- Entrevistas y recogida de relatos de re: puestas abiertas, y de explicaciones
<u>Investigación empírica hasta la fecha</u>	- Numerosas investigaciones de escenas de conducta - Estudios intensivos de escenas de conducta a pequeña escala	- Algunas inv. de la percepción de epis. en medios subculturales determinados (taxonómico-descriptivos) - Diversos estudios que evalúan las diferencias entre epis. y/o jueces	- Algunos estudios preliminares. Ninguna gramática definitiva para episodios	- Algunos estudios empíricos en relación con el análisis de episodios específicos (e.g. equipos de fútbol, interac. en la clase...

V. LA PERCEPCION DE LOS EPISODIOS SOCIALES.

De todas las estrategias expuestas, la estrategia perceptual ha sido la más fecunda, quizás porque las metodologías perceptivas son las más asequibles para el estudio de los episodios sociales y quizás por el auge de la perspectiva cognitiva en Psicología Social. Esta perspectiva ha ido reemplazando a las conceptualizaciones externas, físicas y atomistas de las situaciones sociales. Pensemos, por ejemplo, en el episodio "comer en un restaurante". Para las teorías conductistas tal episodio sería una serie de respuestas aprendidas y generalizaciones de respuestas controladas por reforzadores externos, tales como la comida y la bebida. Según los psicólogos sociales cognitivos todos poseemos un esquema interno, representación o script de tal actividad que no sólo regula la conducta (Abelson, 1980) sino que también influye en lo que pensamos y recordamos acerca de lo que ocurre en el restaurante (Bower et al., 1979).

Como ya ha sido expuesto, los episodios sociales tienen la doble vertiente de ser fenómenos socioculturales y psicológicos - individuales, por lo cual cualquier teoría sobre la cognición de episodios debería explicar la

interdependencia entre la actividad cognitiva individual y las "representaciones colectivas" consensuales (Moscovici, 1981). La mayoría de las investigaciones se han centrado en un aspecto o en otro, por lo que la investigación futura ha de ir entrelazando ambas vertientes. Forgas (1982) sugiere algunas ideas que pueden ayudar a este fin.

Las representaciones cognitivas de episodios tienen su origen en el intento humano universal de categorizar y estructurar el medio ambiente físico y social (Tajfel y Forgas, 1981). La adquisición de tales categorías no se realiza a través de un proceso cognitivo puro de abstracción sino que además se dan dos circunstancias: a) las representaciones particulares de episodios extraídas y mantenidas por un individuo es probable que sean aquellas que tienen un significado funcional para él; b) la adquisición de representaciones de episodios está también influenciada por el consenso cultural existente acerca de los patrones de interacción aceptados.

Por otra parte, las representaciones cognitivas de episodios de interacción pueden ser analizadas según su estructura. En el caso de las representaciones consensuales de episodios las investigaciones han señalado los siguientes aspectos estructurales: complejidad (número de elementos

claves que diferencian entre episodios), integración (grado en el que los diferentes episodios están dispersos en el espacio episódico) y consenso (grado en el que los diferentes miembros de una subcultura perciben de igual forma los episodios). En el caso de los episodios como representaciones cognitivas individuales, se han estudiado los siguientes aspectos estructurales: grado de prototipicalidad (o grado en el que un episodio es un buen ejemplo de una categoría), señales definatorias, nivel de abstracción (no están al mismo nivel de abstracción los episodios "comer" y "comer el sábado por la noche en el restaurante de moda de la ciudad") y la rigidez de las prescripciones conductuales.

A continuación, con el fin de resumir la investigación realizada en el área vamos a tratar en primer lugar los antecedentes de esta estrategia y en segundo lugar el estado actual de las investigaciones.

V.1. Antecedentes

Los primeros estudios relacionados con la percepción de episodios sociales son aquellos encuadrados dentro de lo que Cattell (1963) llamó "percepción de la situación", aunque tales investigaciones estudiaban, sobre todo, las reacciones anticipatorias de los individuos a diferentes situaciones más que las percepciones de las situaciones en sí mismas. Así,

por ejemplo, los estudios de Endler y cols. sobre las situaciones generadoras de ansiedad estaban más interesados en las respuestas de ansiedad que en las situaciones.

Una primera línea de investigación la constituye precisamente los estudios que acabamos de mencionar: Las reacciones de ansiedad ante situaciones evocadoras de ansiedad. Endler y cols. (1966), utilizando el "S-R Inventory of Anxiousness", que contiene 11 situaciones y 14 modos de respuesta, intentaron cuantificar la proporción de varianza atribuible a la situación y al individuo. Levin (1965) aplicó el análisis factorial a los datos de Endler y cols. y encontró en las respuestas los siguientes factores: malestar general, efecto tónico o vigorizante y respuestas autonómicas; respecto a las situaciones encontró estos otros: situaciones de stress personal, peligro físico y situaciones desconocidas. La importancia del estudio de Levin es que muestra la posibilidad de que las percepciones de situaciones estereotipadas puedan estudiarse por métodos empíricos. Sussman, por su parte (en Mausner, 1966) elaboró una escala de clasificación de situaciones bastante más satisfactoria. Triandis (1972) construyó unas escalas muy utilizadas en este área de estudio: El "diferencial de conducta" y el "diferencial de rol" y propuso el concepto de "cultura subjetiva" para describi.

las expectativas culturales que existen en relación con las situaciones sociales. Ekehammar y cols. (1974) muestran de nuevo la posibilidad de utilizar un método de escalamiento para estudiar la percepción de fenómenos sociales complejos; aplicando el análisis factorial a situaciones evocadoras de ansiedad encontraron tres factores: amenaza de castigo, anticipación de daño y situaciones de miedo inanimadas.

Otra línea de investigación, continuadora en parte de la iniciada por Triandis, pone el énfasis en la percepción de los diferentes roles y relaciones interpersonales, más que en los episodios en sí (Marwell y Hage, 1970; Argyle y Little, 1972; Wederlin, 1975).

Moos (1968), utilizando el Setting Response Inventory y aplicando a sus datos el análisis factorial, encontró (coincidiendo con W.I. Thomas y el Interaccionismo Simbólico) que los observadores perciben los episodios o escenas basándose en características subjetivas, de valor y no en características físicas u objetivas (las dimensiones que obtuvo fueron: evaluativa, implicación, autoconfianza, amistosidad y potencia).

Magnusson (1971) desarrolló una técnica específica para medir la percepción de la situación. Aplicó el análisis

factorial a clasificaciones de similaridad de 36 situaciones seleccionadas intuitivamente, obteniendo los siguientes factores: positividad, negatividad, pasividad, interacción social y actividad individual. Es importante señalar su concepción de las situaciones como entidades cognitivas más que físicas.

Golding (1975) propuso la existencia de "teorías implícitas de la situación", es decir, que cada individuo construye las situaciones según su propio estilo personal, lo cual implicaría la consistencia situacional intraindividual y la inconsistencia entre individuos.

V.2. Estado actual de las investigaciones sobre percepción de episodios

Para presentar de manera ordenada los estudios que se han realizado en este área vamos a utilizar como criterio clasificador según que el interés de éstos verse bien en los factores propios de los observadores, bien en los factores propios del episodio, aunque hay que tener en cuenta que este criterio se usa exclusivamente por necesidades de orden en la exposición. En la realidad estos factores interactúan entre sí con frecuencia. Por último, se señalarán algunos

estudios que han estudiado los efectos del contexto episódico sobre los juicios de percepción de personas.

A) Factores propios de los observadores que influyen en la percepción de los episodios sociales

1. Factores culturales

Forgas y Bond (1985) partiendo del supuesto de que las representaciones cognitivas que la gente tiene sobre los intercambios sociales han de reflejar las características más salientes de su cultura, pidieron a individuos pertenecientes a dos culturas muy diferentes (Hong Kong -China- y Australia -occidental-) que emitieran juicios sobre 27 episodios sociales comunes en ambas culturas. Utilizando para el análisis de los datos el procedimiento multidimensional INDSICAL (Individual Differences Multidimensional Scaling) encontraron diferencias significativas en la representación cognitiva de los episodios, diferencias estrechamente relacionadas con aspectos dominantes de ambas culturas. A pesar de que los sujetos eran estudiantes universitarios en ambos casos (uno de los medios sociales más homogéneos si comparamos diversas culturas), los sujetos de Hong Kong percibían los episodios con una mayor acentuación en las dimensiones de

sentimientos comunitarios, colectivismo, utilidad social y aceptación de la autoridad (aspectos que reflejan claramente los valores culturales chinos) mientras que los sujetos australianos enfatizaban la competitividad, autoconfianza, libertad y hedonismo de los episodios. Estos resultados sugieren que la cultura subjetiva, implícita (Triandis, 1972) de las personas es mucho más duradera y resistente al cambio de lo que sugiere el medio ambiente externo objetivo en el que viven.

2. Factores subculturales

Forgas (1976) pretendía con esta investigación, entre otros objetivos, describir las características implícitas que miembros de dos subculturas utilizaban para diferenciar entre episodios comunes.

Los dos grupos estudiados fueron amas de casa de clase media y estudiantes universitarios de ambos sexos. El estudio constaba de dos fases; en la primera se recogieron los episodios representativos de una submuestra de individuos de cada subcultura, pidiéndoles que escribieran una especie de diario donde detallaran sus interacciones sociales más frecuentes. Entre todos los episodios mencionados se escogieron los 25 más frecuentes,

que se usaron como estímulos en la fase posterior; en la segunda fase, una submuestra más amplia de sujetos de cada subcultura agruparon los episodios según la similitud entre ellos percibida, y estos datos se usaron como input para un análisis multidimensional no-métrico (TORSCA-9) y para un análisis de cluster.

Los resultados mostraron que la representación cognitiva que las amas de casa tenían de sus episodios sociales o "espacio episódico", venía definido por dos características implícitas: 1) la intimidad, amistosidad e implicación percibidos en la interacción, y 2) la autoconfianza y competencia que los sujetos creían tener en los diversos episodios. El "espacio episódico" de los estudiantes era tridimensional: 1) implicación, 2) autoconfianza, y 3) evaluación de los episodios como placenteros o no. El análisis de conglomerados mostró resultados similares, pero las representaciones dimensionales suministraban mayor información y eran más fáciles de interpretar.

Estos resultados indican la posibilidad de construir representaciones empíricas de las percepciones de los episodios y que un número limitado de atributos connotativos subyacen a tales representaciones (los episodios se

diferenciaban entre sí básicamente según su percepción subjetiva más que según sus aspectos físicos y objetivos). Una comparación más detallada de las representaciones de episodios que tenían amas de casa y estudiantes indicaba que tales representaciones coincidían con las diferencias subculturales entre ambos grupos. Así, por ejemplo, los estudiantes veían aquellos episodios que implicaban habilidades sociales con los amigos con mayor autoconfianza que las amas de casa, quienes veían esos episodios como amenazadores.

3. Factores grupales

En una investigación posterior Forgas (1981a) intentó averiguar si diferentes grupos pequeños, que son más volátiles que las subculturas tiene diferentes representaciones de los episodios sociales, aún cuando su miembros pertenezcan al mismo ambiente cultural. De esta manera ponía a prueba una predicción central del Interaccionismo Simbólico: las representaciones simbólicas de los episodios de interacción dependen de las características del grupo primario en el que surgen. Según esta misma lógica se pueden estudiar los efectos de determinadas variables grupales (cohesión, éxito en la

tarea, frecuencia e intensidad en la interacción) sobre la percepción de los episodios sociales.

Los sujetos eran miembros de dos equipos universitarios de rugby. Se hipotetizó que el grupo más cohesionado, implicante e íntimo tendría un espacio episódico: a) mejor integrado cognitivamente; b) más diferenciado y c) percibido con un mayor grado de consenso en comparación con el grupo más heterogéneo e individualista. Estos datos referentes a ambos equipos se habían obtenido en un estudio piloto, y los episodios representativos de cada equipo fueron recogidos mediante entrevistas semiestructuradas. Igualmente, del estudio piloto se obtuvieron unas escalas bipolares construidas con adjetivos utilizados por los individuos para calificar los episodios. La fase principal de la investigación consistió en que los sujetos clasificaran todos los episodios sobre todas las escalas.

Los resultados confirmaron las hipótesis: el equipo más cohesionado tenía un espacio episódico más complejo y mejor diferenciado (aparecían tres dimensiones: amistosidad, intimidad y actividad) que el equipo heterogéneo (dos dimensiones: evaluación y amistosidad) y había un mayor consenso en las percepciones de los episodios en el primer grupo.

4. Factores individuales

Pervin (1968) realizó uno de los pocos trabajos que se fijan más en el aspecto idiosincrático que en el nomotético. Para ello pidió a una serie de individuos que hicieran una lista de las situaciones características de su vida cotidiana, describiendo cada situación con adjetivos o rasgos, indicando los sentimientos experimentados en ellas y mencionando las conductas ejecutadas en cada situación. Con estos datos se elaboraron cuatro listas por cada sujeto: situaciones, características de las situaciones, sentimientos y conductas en las situaciones. Por último, cada individuo tenía que indicar el grado de aplicabilidad de cada una de las categorías mencionadas a cada una de las situaciones. Los datos se analizaron mediante análisis factoriales individuo por individuo. Los resultados, bastante inesperados por cierto, indicaban que el número de situaciones listado por cada sujeto era bastante parecido (de 23 a 29), que estas situaciones se agrupaban en 4 o 5 categorías (hogar - familia, amigos - compañeros, relajación - recreo, trabajo, escuela, en solitario) aparentemente basadas en características objetivas, aunque un análisis más detallado mostró que la reacción subjetiva a las diferentes situaciones era importante, y que las descripciones de las

situaciones, al igual que se ha encontrado en otros estudios, estaban muy impregnadas de componentes afectivos.

La investigación de Forgas (1978a) que vamos a describir a continuación pretendía analizar las variables que afectan a las diferencias entre individuos en la percepción de episodios. Los sujetos de este estudio fueron miembros de un departamento de Psicología, quienes constituían un grupo pequeño y cohesionado. Fundamentalmente, se querían estudiar los efectos de dos variables individuales sobre la percepción de episodios: la posición de la persona en la estructura sociométrica del grupo y su status adscrito formal.

La representación que este grupo tenía de su episodios sociales descansaba fuertemente en 4 dimensiones: ansiedad, implicación, evaluación y características socioemocionales o de tarea percibidas en los episodios. Estas dimensiones son muy parecidas a las encontradas en la mayoría de los estudios, en circunstancias y muestras bien distintas. Asimismo los resultados mostraron que existía una relación significativa entre posición sociométrica y percepción de los episodios: los miembros evaluados más negativamente y menos dominantes veían los episodios con una sobrecarga en las dimensiones de ansiedad

y evaluativa. El status formal también apareció relacionado con la percepción de episodios, como indicaron una serie de análisis discriminativos múltiples: el personal docente percibía los episodios, básicamente, en términos de implicación, los estudiantes en términos de la orientación socioemocional o de tarea de la interacción y el personal no docente principalmente en términos de ansiedad.

El estado de ánimo o afectivo también juega un importante papel en la percepción de los episodios sociales. Según Bower (1981) el estado de ánimo experimentado durante una interacción influye no sólo en lo que los actores recuerdan de ese episodio, sino también en la interpretación que los actores hacen de su propia conducta y de la de los demás interactuantes. Forgas y cols. (1984) filmaron en video a diversos sujetos mientras participaban en 4 episodios de interacción diferentes, formando pareja con un sujeto que había sido entrenado por los experimentadores; los 4 episodios resultan de combinar las características formal-informal e íntimo-no íntimo. Un día después los sujetos fueron hipnotizados y se les indujo un estado de ánimo positivo (feliz) o negativo (deprimido). Entonces los individuos vieron las grabaciones del día anterior y calificaron tanto la conducta de ellos como la de su compañeros. Los resultados mostraron que el estado de

ánimo de los sujetos influía significativamente en lo que recordaban de la interacción del día anterior y ese estado también interactuaba con las características del episodio de interacción. Así, por ejemplo, era fácil recordar un episodio fácil e informal en un estado de ánimo positivo y un episodio difícil e informal en un estado de ánimo negativo.

Por último señalar que las características generales de personalidad pueden influir en la manera en la cual se perciben los episodios sociales, como ha puesto de manifiesto la investigación de Forgas (1983a).

B) Factores propios del episodio, que influyen en la percepción de los episodios sociales.

1. El medio ambiente físico

Ya señalamos, al hablar de la estrategia ecológica, la importancia del ambiente físico o "escenario de conducta" en los episodios sociales, pudiendo ser uno de los posibles criterios sobre el que realizar el análisis de tales episodios, como hizo Barker (1968) con comunidades enteras.

Forgas y Brown (1977), en un estudio que se centra más en el valor simbólico de los ambientes, crearon combinaciones factoriales de interacciones variando el grado de intimidad de éstas y diferentes escenarios, mediante la sobreposición de fotografías de personas sobre fotografías de escenarios de conducta. Los resultados, analizados mediante análisis de varianza, mostraron una interacción significativa entre las señales conductuales y las señales de los escenarios: un escenario cálido, íntimo, sirve para acentuar la señal conductual, cualquiera que ésta sea, mientras que un ambiente frío, impersonal, atenúa la saliencia de cualquiera de las señales de interacción.

Forgas, Bower y Krantz (1984) encontraron que las interacciones grabadas en video en un escenario frío y poco íntimo eran juzgadas como desarrolladas con menos habilidad (tanto por los propios actores como por los observadores) que las interacciones similares que transcurrían en un escenario cálido, confortable.

2. La relación entre los interactuantes.

La relación percibida entre los interactuantes es otro indicio importante que influye en la definición de los episodios sociales. Sin embargo, las clasificaciones de

estas relaciones son muy raras en la literatura: Marwell y Hage (1970) hicieron análisis factoriales de las relaciones de rol y Wish, Deutsch y Kaplan (1976) utilizaron procedimientos MDS para representar los juicios sobre relaciones de rol.

Forgas y Dobosz (1980) estudiaron las diferencias percibidas entre relaciones heterosexuales cotidianas. El espacio episodio venía definido por 3 dimensiones: 1) deseabilidad social, 2) amor y compromiso, 3) sexualidad. Tales elementos de las relaciones, a su vez, influían en la definición que de los episodios hacían los sujetos.

Wish et al. (1976) intentaron medir y cuantificar, utilizando MDS, el elemento humano en la comunicación, la conceptualización que los observadores hacen del contexto situacional en el que ocurre la comunicación y las percepciones de esos observadores de la relación entre diferentes categorías de comunicantes (e.g. supervisor-empleado). Para ello, un grupo de sujetos debía juzgar la similaridad percibida entre relaciones interpersonales, teniendo en cuenta la forma en que tales parejas "pensaban y sentían típicamente acerca del otro, actuaban y reaccionaban hacia el otro y hablaban y escuchaban". Aparecieron 4 dimensiones subyacentes a las

percepciones de las relaciones interpersonales: 1) competitiva, hostil - cooperativa, amistosa; 2) poder compartido - poder desigual; 3) relaciones formales o vinculadas a la tarea - relaciones familiares; 4) intensa - superficial. Estas dimensiones perceptuales no son diferentes de las aparecidas en otros estudios y sugieren que las relaciones personales que se dan en un episodio son un componente importante de la percepción total de ese episodio.

En otro estudio, Wish (1975) intentó también probar los efectos que tienen las relaciones entre los sujetos actores en la representación de los episodios, para lo cual manipulaban la presentación de episodios combinando tipos de relaciones con contextos. Así, presentaba a los sujetos 128 episodios, producto de la combinación de 8 contextos situacionales con 16 relaciones diádicas (e.g. marido-esposa) para que los clasificaran sobre 14 escalas bipolares. Los datos fueron analizados con el INDSCAL y mediante una aplicación ingeniosa del análisis de varianza se pudo determinar la contribución relativa de las dos variables independientes (relación interpersonal y contexto situacional) a la posición que los episodios ocupaban en las 5 dimensiones INDSCAL que se obtuvieron. Se encontró que ciertas características percibidas de un

episodio (como grado de orientación hacia la tarea, cooperación e intensidad) dependían fundamentalmente del contexto situacional, mientras que otras características (como el grado de simetría y de formalidad) dependían de la relación entre la pareja.

Forgas (1978b), utilizando el mismo procedimiento que Wish, pero intentando que la muestra de estímulos fuera más representativa y utilizando a dos grupos independientes de sujetos, representativos de dos medios subculturales diferentes (amas de casa y estudiantes). Siete tipos de relaciones (amigos, conocidos, vecinos, etc.) fueron combinados con 4 contextos situacionales (e.g. charla en la calle, conversación íntima en casa, etc.). La variable "relación" explicaba gran parte de la varianza en la forma según la cual los sujetos localizaban los episodios en las dimensiones de implicación y autoconfianza, mientras que la variable "situación" era más importante para la localización de los episodios en la dimensión social-orientado a la tarea.

Otros muchos factores, como las restricciones formales y conductuales de los episodios, las metas y motivos de los actores, los símbolos utilizados y la existencia de sanciones culturales, pueden influir en cómo se perciben las situaciones y los episodios sociales (Argyle, Furham y

Graham, 1982; Forgas, 1982). Es un área de investigación por explorar el estudio de cómo esos factores, de manera independiente o en combinación, influyen en la representación de los episodios sociales.

Los resultados de la investigación que vamos a describir por último arrojan alguna luz sobre la forma en que los observadores evalúan los episodios sociales como un todo, y sobre la manera en la cual diferentes aspectos de lo que los individuos ven y esperan, afecta a sus juicios.

En nuestra vida cotidiana con frecuencia percibimos interacciones entre dos personas a las cuales conocemos. Casi de manera automática surgen en nosotros ciertas expectativas que se basan tanto en el conocimiento de los interactuantes como en algunos indicios de la situación. Forgas (1978b) realizó una investigación para diagnosticar la importancia que en la percepción de episodios tiene la definición de la situación y la interacción entre los participantes. Para ello se grabaron en video secuencias interactivas entre un hombre y una mujer, bastante realistas; la definición del episodio global y las expectativas correspondientes se manipularon de tal manera que los observadores esperaban una interacción íntima o no íntima. La interacción grabada, por su parte, era definida